

8323 *Act. 172 N.º 291*
164

EL CAUDILLO DE BAZA,

zarzuela original en cuatro actos,

POR

DON LUIS DE OLONA.

MÚSICA DE

D. Emilio Arrieta.

Representada por primera vez en Barcelona en el Teatro Principal
en 22 de Enero de 1863.



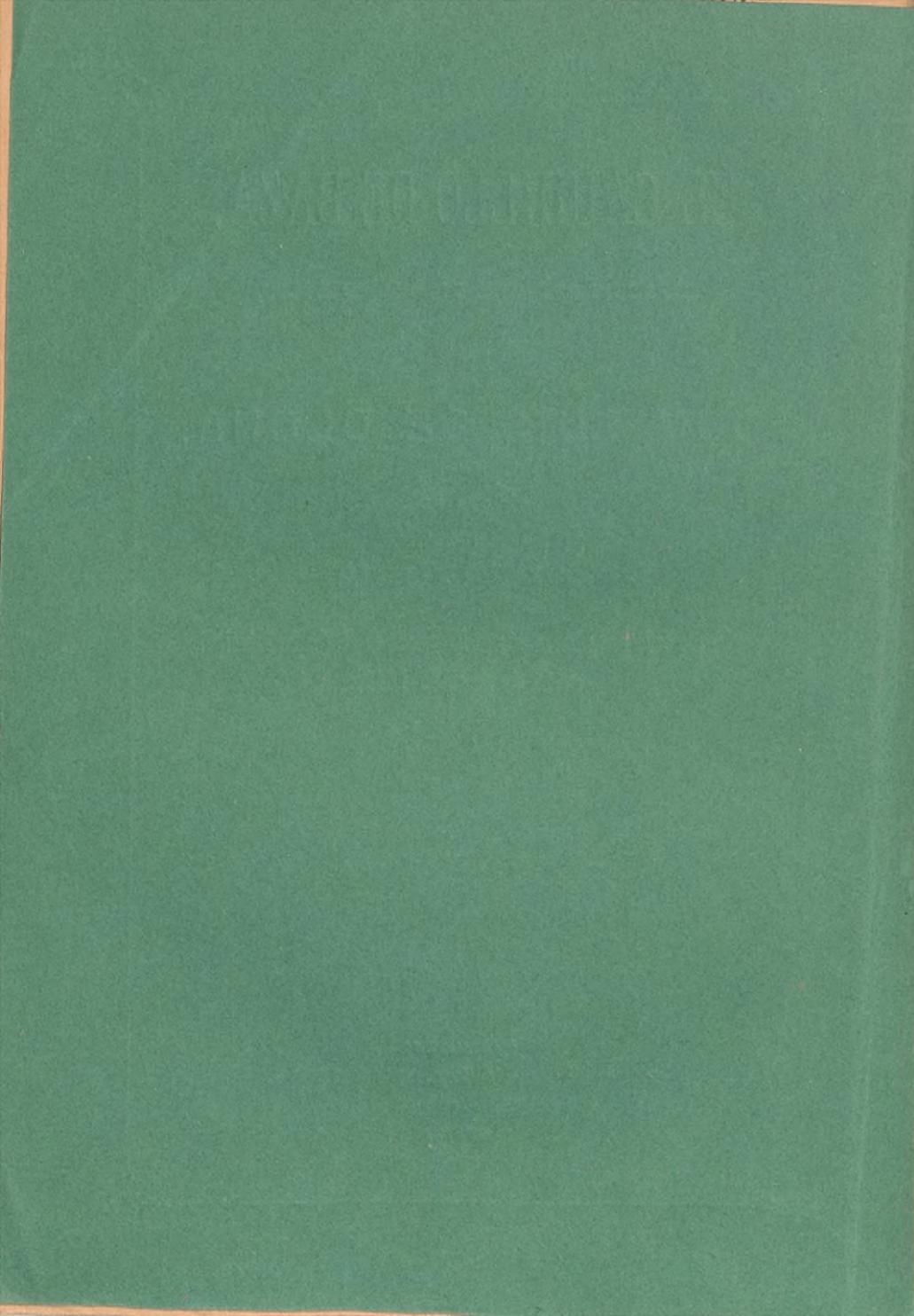
Barcelona:

IMPRENTA DE LUIS TASSO.

Año del Teatro, número 21 y 23.

1863

L47 - 5441



ADVERTENCIAS.

Esta obra es una reproducción controlada y autorizada por un 1.º año de la licencia que escribió el mismo autor con el título de Los Caudillos.

—*—*—*—

La propiedad intelectual de esta obra pertenece a su autor Sr. Luis de Baza, y nadie podrá sin su permiso reproducirla ni representarla en teatro, ni en otros modos de impresión, ni en cualquier otro modo, sin el consentimiento expreso del autor.

EL CAUDILLO DE BAZA.

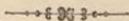
Las correspondencias de esta obra, desde su salida de la Administración general de obras dramáticas y líricas, son las suscripciones al diario de su venta y del autor de sus derechos de representación en dichos teatros.

Queda hecho el depósito que es ley.

55-5
EL CAPELLLO DE BAZA.

ADVERTENCIAS.

Esta obra es una refundicion completa y aumentada con un 4.º acto de la zarzuela que escribió el mismo autor con el título de *Los Circasianos*.

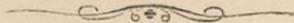


La propiedad absoluta de esta zarzuela pertenece á su autor D. Luis de Olona, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asi mismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de *D. Francisco Rubio*, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.



55-6

EL CAUDILLO DE BAZA,

zarzuela original en cuatro actos,

POR

DON LUIS DE OLONA,

MÚSICA DE

D. Emilio Arrieta.



Barcelona:

IMPRENTA DE LUIS TASSO.

Arco del Teatro, número 21 y 23.

1863.

EL CAUDILLO DE BAYA

representación original en cuatro actos

POR

PERSONAJES.

ACTORES.

Zelia.	D. ^a ADELAI DA LATOBRE.
Isabel.	D. ^a TERESA IZTURIS.
Andrea, su aya.	D. ^a CAROLINA LUJAN.
Zaide.	D. JOSÉ CARBONELL.
Hazem.	D. MANUEL SOLER.
Beltran, escudero del Conde.	D. RICARDO ALLÚ.
Mulak.	D. JAIME FÁBREGAS.
El conde.	D. ANTONIO MALLÍ.
Un alférez.	D. DOMINGO SEGUÍS.
Zamir.	D. MANUEL ARCAS.
Un Leñador.	D. MANUEL JUDEZ.

Moros de ambos sexos, soldados castellanos, esclavas, aldeanos.



IMPRESION DE LUIS TASSO

Arco del Teatro, número 21 y 23.

1893

ACTO PRIMERO.

Alegre campiña. Se vé en último término una montaña. Un rio atraviesa en segundo término la escena, escondiéndose por detrás de una pobre ermita que hay en el centro hácia la derecha. (Se entiende por derecha é izquierda la del público.) Este rio es poco caudaloso por la izquierda, y se ven piedras que han sido colocadas en él para facilitar el paso del centro de la escena al proscenio. Del lado allá del rio, la orilla es practicable y está llena de árboles. Se la supone la entrada de una vega. Algunas colinas muy frondosas y un alto puente hácia el fondo izquierda. En el proscenio á la derecha una casa de regular aspecto. Á la izquierda un gran grupo de peñas llenas de musgo, y de las cuales sale un manantial formando una fuente.

La accion empieza por la tarde.

ESCENA I.

Música en la orquesta. Todo respira silencio y apacible calma. Andrea aparece sentada á la puerta de la casa hilando tranquilamente. La orquesta ejecuta algunos compases. Durante ellos, Andrea continúa hilando silenciosa y sin levantar la cabeza. Después de terminados, sentada y sin dejar de hacer labor, canta lo siguiente.

CANTO.

AND. Hilando, hilando,
pasé la Siesta,
y el sol muy pronto
declinará.

Lo anuncia el viento
de las montañas,
que oliendo á flores
cruzó fugaz.

En tu aroma de tomillo
te conozco, vientecillo;
Tú no vienes de la tierra
sinó cuando el sol se vá.

Hilando, hilando,
y hora tras hora,
de tu frescura
quiero gozar.

¡ Te siento, si !

¡ Te siento ya
mis pobres tocas
acariciar !

(La música suena bulliciosa y alegre y se oye dentro la voz de Beltran, que no sale hasta el momento de decir el tercer verso de la copla.)

ESCENA II.

ANDREA, BELTRAN.

CANTO. — ALEGRO.

PRIMERA COPLA.

BELT. *(Dentro.)* ¡ Vaya si es placer
ir á coger albaricoques!
(Saliendo con un cesto en la cabeza y vivamente.)
¡ Vaya si es placer
por la razon que yo me sé. *(Con malicia.)*
(Se echa á bailar en el proscenio á la izquierda. Andrea le dice desde su silla lo siguiente.)

LOS DOS Á UN TIEMPO.

BELTRAN. *(Bailando sin hacer caso de Andrea y con el cesto en la cabeza.)*
Trá lará lará lalá
trá lará larerá
trá lará lará lalá
trá lará lare !

ANDREA *(Con mal gesto)*
¡ Gracias al Señor !
¡ hora es de volver !
fuera todo el dia,
¿ qué teneis que hacer?

SEGUNDA COPLA.

BELT. *(Sin hacerle caso y dejando de bailar.)*
¡ Ay qué gusto dá
ir por las tardes á la vega !
¡ Ay qué gusto dá
lo que se suele allí encontrar !
(Se echa á bailar al rededor de la silla de Andrea.)

LOS DOS Á UN TIEMPO.

BELTRAN. *(Siempre con el cesto en la cabeza, y danzando en torno de Andrea.)*
Trá lará larará

ANDREA. *(Sentada, enfadándose y queriendo en vano alejar á Beltran.)*
¡ Ay ! Estese quieto !

trá lará larerá,
trá lará larará
trá lará lará ?

(Beltran deja de bailar.)

Vióse loco igual ?

(Se levanta.)

Ay ! Que me marea !

¡ Basta ! ¡ basta ya !

BELT. (Poniendo en tierra el cesto.)

No se incomode,

Señora Andrea,

AND. (Enfadada.)

¿ Qué significa

tanto bailar ? (Con fuerza de intencion.)

¡ Algo me oculta !

BELT. (Haciendo señas para que calle y diciéndole en voz baja.)

¡ Chiss ! No lo niego.

Voy á contárselo

de pé á pá.

(Toma un aire de misterio, trae de la mano á Andrea junto al proscenio y dice dándole mucha importancia á las palabras como quien hace una gran revelacion.)

Cuando salgo de casa

á cierta hora

que no diré,

en un sitio que callo.

me encuentro aquello

que yo me sé.

Por razones que omito,

lo que allí pasa

reservaré.

(En tono concluyente.)

y el resto lo suprimo,

visto lo claro

que me expliqué.

ANDREA. (Confundida.) Ni una palabra

puede entender.

BELT. (Á Andrea.) Así el secreto

guardará bien.

(Se separa de Andrea y dice aparte con aire confidencial.)

ALEGRO.

BELT. (Ap.)

¡ No sepa nadie

que por la vega,

voy tras la niña

que me embelesa!

No sepa nadie

¡Ay! que su desden,
¡ay! es el premio
de mi querer! (Piano.)

¡Lo callaré!

¡lo ocultaré!

¡El disimulo

válgame pues!

(En voz alta y muy alegre.)

¡Qué albaricoques! (Señalando al cesto)

¡Qué albaricoques!

¡Ir á cogerlos

es un placer!

LOS DOS A UN TIEMPO:

BELTRAN. (Ap.)

(No sepa nadie
que por la vega
voy tras la niña
que me embelesa.
No sepa nadie
que su desden
¡ay! es el premio
de mi querer!

(Piano.)

¡Lo callaré!

¡lo ocultaré!

¡El disimulo

válgame pues!

(Los dos mirándose y señalando al cesto con gran animacion.)

(Fuerte.)

¡Qué albaricoques!

¡Qué albaricoques!

¡Ir á cogerlos

es un placer!!

ANDREA. (Ap. y mirándole
de soslayo.)

¡Tanto rodeo

dióme sospecha!

¡Algo me oculta!

¡Algo me niega!

Pero mañana

lo he de saber,

pues á la vega

le seguiré.

(Piano.)

¡Le acecharé!

¡le atisbaré!

Disimulemos

por esta vez...

(Fuerte.)

¡Qué albaricoques!

¡Qué albaricoques!

¡Ir á cogerlos

es gran placer!!

HABLADO.

BELT. Probad uno, señora Andrea.

Este. (Sacando un albaricoque del cesto.)

¡Mirad qué gordo! (Presentándoselo.)

AND. (Cogiéndolo.) ¡Ay, sí! Dios lo bendiga! (Ya á comérselo
y de pronto lo retira de la boca, exclamando.)

¡Válgame la Virgen! Tomad. (Se lo devuelve á Beltran.)

¡Ya iba á quebrantar el ayuno.

- BELT. . . . (*Comiéndoselo y con la boca llena.*) ¿Pues qué, hoy es viernes?
- AND. Todos los días son buenos para hacer penitencia. Y por cierto que bien podiais tomar ejemplo de vuestra ama y de mí: en lugar de pasar el día holgando por esos campos.
- BELT. (*Con mal humor.*) Ya rezamos todas las noches el rosario. ¿Me he de estar siempre en casa?
- AND. Peor estabais antes, siguiendo á nuestro amo el señor conde en la conquista de este país.
- BELT. ¡Cá! Si yo ho peleaba. Era forrajero... y me quedaba con las acémilas. Por eso el señor conde me ha enviado con vos... (*Movimiento de Andrea.*) al salir de nuevo á campaña.
- AND. (*Picada.*) ¿Sí? Ya sabrá lo bien que os portais. (*Pausa.*)
- BELT. (*Acercándose á ella y con acento cariñoso.*) Vamos, señora Andrea. ¡Si yo soy muy bueno y os quiero mucho!—¿Quién os trae todas las mañanas un ramo de rosas para el altarito que teneis en vuestro cuarto? ¿Quién vá á la aldea á compraros bollos de aceite? ¿Quién os avisa cuando pasa algun moro por aquí, para que rocíeis la puerta con agua bendita? (*Dándole con el codo.*) ¡Hum! ¡Desagradecida!
- AND. No me habéis de moros, que me pongo á temblar. Cuando veo esas montañas del Alpujarra y pienso que detrás de ellas hay tanto enemigo de Dios . . .
- BELT. Pero el Señor conde nuestro amo, que gobierna el país, los ha puesto á raya, y bien duramente por cierto. Así es que al partir al sitio de Granada hizo muy bien en sacar á su hija de esa condenada villa de Baza, y en tenerla en este valle, donde nadie nos conoce y cuyos habitantes aceptan de buena gana nuestra dominacion!
- AND. ¡Dichosa dominacion! No sé por qué nuestros católicos reyes quieren poseer esta tierra de salvajes! ¡Ay cuánto mejor no estábamos en Castilla!
- BELT. ¡Eh! Qué diantre. Después de todo, los moros no son tan mala gente.
- AND. ¿Qué decís? ¡Unos infieles! Unos pícaros que se casan con diez ó doce mujeres . . .
- BELT. Sí. Nos llevan esa ventaja.
- AND. ¿Eh?
- BELT. (*Huy!*) (*Disimulando*) Quiero decir que tienen esa ventaja sobre las pobres moras.
- AND. Buenas són ellas tambien.
- BELT. ¡Oh! En cuanto á eso . . . Ya sabeis que tienen una fama de . . . ¡ph! (*Gesto de ponderacion.*)
- AND. ¿Que? Os gustarian á vos . . .
- BELT. (*Ap.*) ¡Ay! si supiera . . . (*Alto.*) ¡Psss! Segun. Algunas tienen tanta gracia . . . y seducen de tal modo . . .
- AND. ¡Señor Beltran! ¿Cómo sabeis vos que seducen?

- BELT. (Ap. y vivamente.) (Me vendí!) ¡Tomad si es fama . . .
- AND. (Con sospecha.) ¿Qué haceis tantas horas en la vega de algunos días á esta parte?
- BELT. (Ap.) ¡(Malorum!)
- AND. (Acalorándose.) ¿Os figurais que yo soy tonta? ¿Que no he llegado á sospechar . . . (Exclamando.) ¡Jesús, María y José! ¡Me horrorizo de pensarlo!
- BELT. (Vivamente.) ¡No es verdad! ¡Eso es una calumnia! (Ap.) ¡Cáspita! ¡Lo acertó!
- AND. ¡Hola! ¡Adivináis lo que quiero decir!
- BELT. (Alzando la voz.) ¡Repito que es mentira! Estos albaricoques son testigos . . .
- AND. (Mirando al interior de la casa.) ¡Callad, imprudente! ¿No veis que baja nuestra ama?
- BELT. ¡Ay Dios mío! Ahora que recuerdo. . . Yo que le ofrecí volver á la aldea por si habia llegado algun correo de su padre . . .
- AND. ¿Y os estais con esa cachaza?
- BELT. Pronto vuelvo. (Yéndose apresurado.)
Decid que no me habeis visto!
- AND. (Se va corriendo por la izquierda.)
(Siguiéndole con la vista.) ¡Ah bellaco! Si el amo se hallara aquí.

ESCENA III.

ANDREA, ISABEL.

Isabel aparece en el umbral de la puerta. Andrea exclama, dirigiéndose á ella, con sumo cariño y yendo á su encuentro.

- AND. ¡Qué hermosa estais con ese tocado! (Doña Isabel se adelanta lentamente.)
¡Envidia dá á las flores
el rosicler de vuestras mejillas!
- ISABEL. (Sonriendo melancólicamente.)
¡Loca!
- AND. Loca; sí. Loca me tienen vuestros hechizos. (Cogiéndole ambas manos y poniéndose á mirarla embelesado.) Dejadme contemplaros. ¿No quereis que tanto os ame cuando sois tan bella y tan buena?
- ISAB. Con razon dice mi padre que peças de indulgente conmigo.
- AND. ¡Pues! (Soltándola.) ¡Como si él, con todo su aspecto severo, no fuera en eso peor que yo! . . . Bien se le saltaron las lágrimas el día de su partida; y por más que estiraba los ojos y tosía fuerte para disimular. . .
- ISAB. ¡Oh! sí. ¡Lo recuerdo!
- AND. Ya veis que no tiene por qué reconvenirme. Yo hago lo mismo que él.

- ISAB. (*Cariñosamente.*) Lo mismo, puesto que me quieres como una madre.—Pues bien.—Yo también te quiero mucho. (*Con dulce naturalidad.*) Deja que te dé un beso. (*Le da un beso en la frente.*)
- AND. ¡Ya lo echaba de menos! (*Pausa. En tono familiar.*)
¿Estáis hoy más alegre?
- ISAB. (*Con desaliento.*) No sé.
- AND. ¡Os vá cansando esta soledad!
- ISAB. Al contrario. La prefiero á todo. (*Vivamente.*)
- AND. Verdad es que siempre hemos vivido en tal clausura... y sin embargo, ya no os veo, como en los primeros días, correr por ese valle, saltar por entre las flores, (*Isabel suspira.*) ¡subir cantando á la cumbre de esas colinas!...
- ISAB. (*Como buscando una disculpa*)
La idea de que mi padre corre tantos peligros...
- AND. Pronto, Dios mediante, le volveremos á ver. (*Con sonrisa.*)
¡Vaya! ¡Levantad esos ojos, y confesad que otra es también la causa de vuestra melancolía!
- ISAB. (*Algo inquieto.*) ¿Otra?
- AND. Y no lo extraño. ¡Cómo no pensar en una boda tan brillante! En un caballero tan noble y tan rendido como el Marqués de Moncada! Negadme ahora que quedasteis prendada de él cuando os le presentó vuestro padre.
- ISAB. (*Pensativa y triste.*) ¡Es verdad!
- AND. Por fortuna la guerra está á punto de terminarse... y el mal de la ausencia concluirá pronto también.
- ISAB. ¡Calla por Dios! no hablemos de eso! (*Con angustia.*)
- AND. ¿Por qué?
- ISAB. (*Vivamente.*) ¿Por qué? (*Señalando.*) Tiende la vista en derredor tuyo. ¿No ves qué hermosa está la vega con las suaves tintas de la tarde? ¿No oyes el son dulcísimo de ese río que manso vá lamando las flores que crecen en su orilla? ¿No sientes este aire puro, esta calma apacible que inunda el corazón de consuelo y brinda con una felicidad desconocida? Pues bien. Arrancarme de estos sitios es para mí condenarme á una cruel tristeza! ¡á la más inexplicable amargura!
- AND. (*Admirada.*) ¡Isabel!... ¡No os comprendo, hija mía. (*Con sobresalto y cariño*) Qué extremos son estos? ¿Qué emoción es la vuestra?
- ISAB. (*Dominándose.*) Ninguna, no: ninguna. Yo espero que estas ideas se disiparán. Sí. Tú dices bien. Mi padre me destina á un noble y digno caballero! A un hombre á quien yo creí amar... y á quien daré mi mano. (*Tristemente*) ¡Sí! ¡Es preciso!
- AND. (*Excitándose.*) ¡Dios mío! Cuando tenemos diez y ocho años nos dan unas manías...
- ISAB. No me hagás caso.

AND. ¿A quién se le ocurre querer pasar la vida entre estos matorrales?

ISAB. (Señalando á la ermita que hay en el fondo.) ¿Ves? la ermita está ya abierta. y es hora de ir á rezar nuestra oración. (Se dirige lentamente hácia la ermita, marchando de espaldas al público.)

AND. (Todavía en el proscenio.) ¡Sí! Eso importa mas que nada. ¿En dónde pase mi rosario? (Lo saca de un bolsillo.) ¡Ah! (Echa á andar detrás de Isabel.) Vaya, vaya; que se oyen unas cosas... ¿Eh? (Isabel se detiene cerca de la ermita y mira con inquietud á derecha é izquierda.) ¿Qué mirais?

ISAB. (Vivamente.) ¿Yo? Nada. Creí que no me seguías. (Entra en la ermita.)

AND. ¿Pues no? (Entra en la ermita rezando estas palabras): In troibo in domo dei nostri...

Desaparecen. Música en la orquesta.

ESCENA IV.

A los pocos compases Zelia y Hazem aparecen en la orilla opuesta, al frente izquierda del público.—Vienen lentamente. Zelia apoya su brazo izquierdo en el hombro de Hazem, y trae en la mano derecha un baston largo y tosco.—Al llegar á la orilla, se detienen. Zelia se adelanta, y apoyándose en el baston cruza el rio saltando por las piedras que hay en él.—Hazem la sigue del mismo modo.—Visten ambos trajes morunos.—Al llegar á la orilla del proscenio, Zelia se manifiesta cansada y se detiene.—Hazem avanza un poco mas y vé que ella se ha quedado parada.—Todo esto acompañado de la orquesta.

CANTO.—ANDANTINO.

HAZEM. (A Zelia con dulce y grave entonacion.)

Sombra te dá el ramaje,
frescura el claro rio;
ven, y el rigor mitiga
del ardoroso estio. (Reparando en el manantial.)
Entre la verde roca
brotando el agua está.—

Ven, que sus ondas puras
tu sed apagarán. (Zelia dá algunos pasos.)
(Con cariño.) Sigue mi huella,
pronto verás

cuál tu fatiga
se calmará.
Mira la fuente: ¡ven!
¡Mira brotar

las ondas cristalinas
del cándido raudal.

La orquesta continúa — Los dos se dirigen lentamente al manantial; llegan. — Zelia se inclina y bebe. — Todo esto en silencio y acompañado de la orquesta. — Cuando Zelia ha bebido, respira dulcemente y exclama, sin separarse los dos del manantial.

- ZELIA. ¡Ya el pecho alienta!
HAZ. (Con cariñosa inquietud.) ¡Qué fatigada!
ZELIA. (Dulcemente y con sencillez.) No, hermano mio, no temas nada.
HAZ. ¡Vaga tu vista!
¡Siéntate aquí!
(La sienta al pie del manantial y él se sienta á su lado.)
ZELIA. (Con decaimiento.) Pienso que el sueño me va á rendir.
HAZ. (Con gran interés.) Nuevas ningunas traes de Granada.
ZELIA. (Con decaimiento.) Nuevas ningunas pude adquirir! (Desmayadamente.)
HAZ. Corriendo en vano...
HAZ. (Inquieto y levantándose.) ¿Qué tienes? ¿Dí?
ZELIA. Siento que el sueño me vá á rendir.

LOS DOS A UN TIEMPO.

- | | |
|------------------------|--------------------------------|
| ZELIA, | HAZEM, (en pie pen- |
| (durmiéndose.) | sativo y ap.) |
| ¡Qué dulce calma! | ¡Mortal zozobra |
| ¡Déjame aquí! | se agita en mí! |
| ¡Me rinde el sueño! | ¿Cuál es, oh patria, |
| ¡Quiero dormir! | tu suerte en fin? |
| (Se queda dormida) | (Pequeña pausa.) |
| ZELIA. (Entre sueños.) | ¡Hazem! ¡Hermano mio! |
| HAZ. (Acercándose.) | ¡Zelia! (la mira.) Durmióse ya |
| | (Contemplándola con afecto.) |
| (Con tristeza.) | ¡Oh pobre hermana, |
| | ¡cual la fortuna |

desde la cuna
nos fué fatal!

Haz. (A Zelia dormida.)

¡Fiel compañera mía!
¡Luz de mi soledad!
¡Cuando será aquel día
de gloria y libertad?
¡Suenen en mi noble tierra
grito de santa guerra!,
y pronto de tu lado
me debo separar.

(Con gran ternura.) ¡Te consagré mi vida! ¡Sí!

¡te consagré mi vida!

(Con energía.) ¡Mas hoy á costa de ella
mi patria he de salvar!

(Dulcemente.) ¡Duerme en paz!
duerme en paz!

Dios por tí
velará,

(Con fuerza.) si á costa de mi vida
la patria he de salvar.

(Se queda contemplándola. Cesa la música. Pausa. Por entre los árboles sale una voz que dice:)

UNA VOZ. ¡Hazem!

ESCENA V.

Hazem vuelve la cabeza, aunque sin separarse de Zelia. Zamir, moro, aparece entre los árboles y desde allí exclama con misterio.

ZAMIR. ¡Hazem! Soy yo.

Haz. (Acercándose vivamente á él.) ¿Qué me quieres?

ZAM. (Avanzando hácia el proscenio.) La noche se aproxima y ni una lanza enemiga asoma por la vega.

Haz. (Con interés.) ¿Y Zaide? ¿Qué es de Zaide?

ZAM. Nadie le ha visto. El hijo de nuestro antiguo rey, no se apresura á vengar la muerte de su padre.

Haz. ¡Ten la lengua! ¿Cuándo salió Zaide de nuestras montañas, que no fuera para asombrarnos con algun ejemplo de valor? Zamir, nuestros atalayas ocupan las alturas?

ZAM. Y se darán unos y otros la señal convenida si divisan por los caminos gente armada.

Haz. Como ninguna llegue esta noche, nada se opondrá á que mañana penetremos victoriosos por los antiguos muros de Baza

ZAM. Sabes alguna nueva de Granada?

HAZ. No. Y estoy en una ansiedad cruel.
 ZAM. Quieres que intentemos indagar en esa aldea cristiana..
 HAZ. Sí: Aguarda un instante. *(Se dirige á donde está Zelia. — Zamir le sigue. Los dos la miran; pequeña pausa.)*
 ZAM. *(En voz baja.)* ¿Zelia duerme?
 HAZ. *(Id.)* Me duele turbar su reposo.—
 ZAM. Entonces...
 HAZ. *(Con expresion. Siempre en voz baja)* Partamos. Ella conoce el país... y á nadie inspira el menor recelo.—Sígueme. *(Hazem y Zamir se van vivamente.)*

ESCENA VI.

ZELIA, dormida.—ISABEL saliendo de la ermita, siguiendo á Andrea que viene rezando aun.

AND. *(Viniendo hácia el proscenio.)* Per omnia secula seculorum ¡amen! *(Guarda el rosario.)* ¡Ajá! Ya hemos hecho algo por el alma. Voy ahora á preparar mi colacion. *(Repara desde lejos en Zelia.)* ¡Calle! que es lo que estoy mirando? ¡Una mujer dormida!
 ISAB. *(Que venia lentamente, se adelanta con viveza.)* ¿Una mujer? *(Se acerca, ve á Zelia y dice.)* ¡Y es bella!
 AND. *(Aproximándose algunos pasos, exclama con terror.)* ¡Virgen santa! ¡Si es una mora! *(Escandalizada.)* ¡Una infiel á las puertas de nuestra casa!
 ISAB. *(Que contempla con interés á Zelia; se vuelve á Andrea diciéndola.)* ¡Oh ¡deja! ¿Eso qué importa?
 AND. *(Gritando cada vez mas.)* ¡Háse visto descarol! ¡Qué horror! ¡Qué abominacion! *(A estos gritos Zelia se despierta y se incorpora vivamente, quedando sentada y apoyado un brazo en el asiento, sin reparar aun en Isabel y Andrea.)*
 ISAB. *(Vivamente y en voz baja á Andrea.)* ¿Por qué la has despertado? *(Pausa.)*
 ZELIA. Hazem! Hazem! *(Echándole de menos.)*
 AND. *(Ap. y observándola.)* ¡Ay! ¿Si llamará al demonio?
 ZELIA. *(Para si.)* ¡No está! *(Reparando en Isabel y Andrea.)* ¿Qué me quereis? ¿Por qué me mirais así?
 AND. *(A Zelia bruscamente.)* Yo miro, porque... *(Zelia se vá levantando lentamente.)*
 ISAB. *(A Andrea interrumpiéndola.)* ¡Calla! ¿Qué mal te ha hecho esta pobre jóven?
 AND. *(Insistiendo.)* Me ha hecho... ¡que yo no quiero tratar con infieles!
 ZELIA. *(Ya en pié y con cierta ironía.)* ¡Aah!
 ISAB. *(A Andrea.)* Pues bien: vete allá dentro... y se desvanecerán tus escrúpulos. *(Zelia las escucha atentamente.)*
 AND. ¿Y vos os quedais sola con esa mujer?

- ISAB. Sí. Por curiosidad. Me inspira simpatías.
AND. ¡Isabel!
ISAB. Yo te lo mando.
AND. ¡Siquiera ved si la podeis convertir!
ISAB. (Sonriendo.) Quizás. Vete. ¿No ves que la asustas?
ZELIA. (Sonriendo á Isabel.) ¡Oh! No lo creais, señora!
AND. (Ap.) ¡Qué voz tan dulce tiene la condenada!
ISAB. ¡Andrea!
AND. Bien. si. Ya me marchó. (Entra en la casa, no sin mirar de reojo á Zelia.)

ESCENA VII.

ISABEL, ZELIA.

- ISABEL. (Afectuosamente á Zelia.) No la guardéis rencor.
ZELIA. ¡Rencor! No le conoce mi alma, y solo debo agradecer vuestra bondad. (Pausa.)
ISAB. Sois cortés.
ZELIA. (Sencillamente.) Soy sincera.
ISAB. ¡Y hermosa!
ZELIA. ¿Quién puede parecerlo á vuestro lado?
ISAB. ¿Venís de muy léjos?
ZELIA. Mi aldea está en el seno de esa tierra. El calor y la fatiga me rindieron... y me quedé dormida.
ISAB. Creí haberos oído pronunciar un nombre.
ZELIA. El de mi hermano. Huérfana desde la cuna no he tenido mas apoyo que él en este mundo.
ISABEL. (Con afecto.) ¡Pobre jóven! ¿Y cuál es vuestro porvenir?
ZELIA. ¡El de mi patria! Por defenderla perdimos todo cuanto poseíamos, y solo nos queda la vida, para sacrificársela cuando el momento llegue.
ISAB. (Con pena.) ¡Qué! ¿Todavía se abrigan en vuestro corazón sentimientos de venganza? ¡Tanto odio nos profesais!
ZELIA. (Con natural franqueza.) A vos, no. Desde que os he visto... os he amado.
ISAB. (Con interés.) ¿Por qué?
ZELIA. A veces, señora, el afecto y la confianza no se explican. Son... como una luz, cuyo resplandor ciega, sin que podamos distinguir sus colores. Os miro... y no sé por qué, me pareceis digna de mi amistad.
ISAB. Entonces... poned á prueba la mía. ¿Puedo hacer algo por vos? ¿Por vuestro hermano? ¿Por alguna persona, en fin, que os sea querida?
ZELIA. (Vivamente y con emoción.) ¿Querida! (Suspirando con placer.) ¡Oh!
ISAB. (Con interés.) ¿Suspirais? ¿He despertado quizá en vos algun triste recuerdo?

- ZELIA. (*Vivamente.*) ¿Triste? ¡Ah, no, señora, no! Al contrario. Este suspiro es un eco alegre de mi alma! Es... el ay dulce de un misterioso amor.
- ISAB. ¿Misterioso? (*Conmovida.*) ¡Qué! Vos tambien... (*Se contiene.*)
- ZELIA. ¿Qué decís?
- ISAB. (*Turbada.*) ¿Yo? No sé. Os preguntaba...
- ZELIA. Solo mi hermano sabe este secreto que ahora se escapa de mis labios. Pero bien he de daros una prueba evidente de la confianza que me inspiráis. ¿No es cierto?
- ISAB. ¡Oh! sí.
- ZELIA. Vos además no podeis conocer al objeto de mi cariño...
- ISAB. ¿Y él os corresponde?
- ZELIA. Desde niños nos juramos un amor eterno; y antiguo y fiel amigo de mi hermano los tres hemos sufrido juntos las desgracias de nuestra patria.
- ISAB. (*Cariñosamente.*) Pues bien, hablarme de él. Yo comprendo lo que puede gozar un corazón confiando el secreto de su cariño. Quereis mucho á ese hombre, ¿no es verdad? ¿Merece vuestro amor?
- ZELIA. (*Vivamente.*) ¡Que si lo merece! ¡Ah! oidme... si es que yo alcanzo á explicar lo que él vale!

CANTO.

ESTROFÁ PRIMERA.

Rápido cruza la vega
en su tordillo mi Zaide,
y su carrera atrevida
roba las alas al aire.
Noble, galan, valeroso,
emprendedor como nadie,
quien no le teme le admira,
quien no le envidia, le aplaude.

¡Ay! ¡mi pasión
pintaros no puedo!
¡Así que él se va
sin sombra me quedo!
¡Y á cada alborada
que miro brillar,
exclamo afanosa...
« ¡Mi Zaide! ¡Ven ya! »

SEGUNDA.

Nadie le gana en destreza,
ni hay quien en danzas le iguale;
ni hay en la tierra un mancebo

mas seductor y arrogante.
¡Queman de amor sus miradas,
no tiene igual su donaire,
y es tan alegre su risa
como la risa de un ángel!

—
¡Ay! ¡mi pasión
pintaros no puedo!
¡Así que él se va
sin sombra me quedo!
¡Y á cada alborada
que miro brillar,
exclamo afanosa...
«¡Mi Zaide, ven ya!»

(Cesa la Música.)

HABLADO.

- ISAB. ¡Ob, sí! ¡Comprendo ese deseo! ¡Esa mortal angustia con que esperareis hora tras hora el instante de volverlo á ver! Instante venturoso... porque no os amenaza una separacion eterna! (Con tristeza.)
- ZELIA. (Estremeciéndose.) ¿Eterna? Me moriria entonces, señora! ¡Porque Zaide es mi vida! Y si un dia... él fuera capaz de olvidarme... Oh! lejos de mi tan horrible idea!
- ISAB. ¿Que hombre no se tendrá por dichoso, siendo amado de vos?
- ZELIA. Gracias, señora. Vuestras palabras me prestan calma y alegría. ¿Acceptais mi amistad con la misma franqueza con que yo os la ofrezco?
- ISAB. Solo para haceros todo el bien posible. La religion que profesais, me impide...
- ZELIA. ¡Es decir que no nos volveremos á ver!
- ISAB. Yo debo abandonar pronto estos parajes... y no seré dueña de mi voluntad.
- ZELIA. El cielo os haga tan dichosa como vuestra bondad merece. Y si alguna vez os acordais de esta casual entrevista, pensad en que mi afecto hácia vos será siempre leal y sincero. (Hace un movimiento hácia el fondo de la escena.)
- ISAB. ¿Os vais?
- ZELIA. Sí. Me esperan en la montaña y ya empieza á anochecer.
- ISAB. (Ap. con inquietud.) ¡A anochecer! (Alto.) No os olvidaré, Zelia. Adios... y él os proteja. (Zelia la saluda. Isabel entra en la casa.)
- ZELIA. (Sola, mirándola marchar.) ¡El proteja tambien tu vida y tu hermosura! (Cambiando de tono.) Ya es tarde. Mucho me he descuidado. Corramos á mi puesto. (Se dirige hácia la izquierda. En este momento se oye la voz de Beltran dentro.)
- BELTRAN. (Dentro.) ¡Señora Andrea! Señora... (Sale corriendo por la

izquierda, y al ver á Zelia, se detiene exclamando con alegría.) ¡Cielos!!
ZELIA. (Retrocediendo.) ¿Quién va? (Va oscureciendo lentamente.)

ESCENA VIII.

ZELIA, BELTRAN.

BELT. ¡Es ella! ¡La mora de mis pensamientos!
ZELIA. (Que manifiesta reconocerle.) ¿Otra vez en mi presencia? (Con enojo.)
BELT. ¡Siempre! ¡Yo no vivo sin tener presente tu presencia!
ZELIA. (Sonriendo con desprecio.) ¡Necio!
BELT. (Ap. contento.) (¡Se ríe!) (A Zelia.) ¡Te ríes!
ZELIA. Sí tal. ¡Déjame!
BELT. (Cerrándole el paso.) Escucha por todos los santos.
ZELIA. No. (Con energía.)
BELT. ¡Por Mahoma!
ZELIA. No.
BELT. ¡Deja que te convierta!
ZELIA. (Indignada.) ¡A mí!
BELT. Sí. En mi mujer. Y te alegrarás. Los cristianos no tenemos mas que una... salvo algun trapicheo...
ZELIA. ¡Vióse menguado!
BELT. ¿Me dejas acompañarte? (Viveza en el diálogo.)
ZELIA. No.
BELT. ¿Podré verte mañana? Yo quiero verte mañana.
ZELIA. Te empeñas en varo.
BELT. (Picado.) ¿Sí? (Con resolución.) ¡Yo te buscaré! Yo sé cuál es tu aldea.
ZELIA. (Con cierto aire de amenaza.) Pues bien. ¡Vé allí si tienes valor!
BELT. (Contento.) Una cita. ¿Me das una cita? (Cayendo á los pies de Zelia.) Ab, lucero de la mañana.....
ANDREA. (Apareciendo en la puerta y viéndole de rodillas.) ¡¡¡Jesús!!! (Santiguándose repetidas veces.)
ZELIA. (Dándole un empujón y yéndose.) ¡Aparta! (Se va.)
BELT. (Levantándose aturdido.) ¡La dueña! (A Andrea vivamente.) ¡Es mentira! ¡Vos no habeis visto nada!

ESCENA IX.

BELTRAN, ANDREA.

AND. ¡Ah, hereje! ¡Embustero! (Gritando.)
BELT. ¡No es verdad! ¡Eso es que yo venía corriendo y di un tropezón!
AND. ¡Id á confesaros ahora mismo.

- BELT. ¡Estoy de prisa! Traigo una carta que ha llegado del señor conde. (*La saca.*)
AND. (*Impidiéndole el paso.*) ¡Aquí no entra nadie en pecado mortal!
BELT. (*Dando voces.*) ¡Señora! ¡Señora!
AND. ¡Pero cómo puede gustarle una infiel!
BELT. ¡Yo me entiendo! (*Llamando sin que Andrea le deje pasar.*)

ESCENA X.

- DICHOS, ISABEL, saliendo vivamente de la casa.
- ISAB. ¡Dios mío! ¿Qué pasa? (*Andrea va á hablar, pero Beltran con la velocidad del rayo le pone la mano derecha en la boca, y con la izquierda alargá á Isabel la carta.*)
BELT. ¡Punto en boca! (*A Andrea.*) (*A Isabel.*) Esta carta de nuestro amo.
ISAB. (*Cogiéndola vivamente.*) ¡De mi padre! (*La abre y lee para sí.*)
BELT. (*Se vuelve á Andrea y en voz baja y amenazadora, la dice haciéndola poco á poco retroceder hasta los bastidores de la izquierda, mientras Isabel lee.*) Si decís una palabra no os traigo más bollos, aunque me lo supliqueis de rodillas.
ANDREA. (*Retrocediendo aturdida.*) Pero...
BELT. (*Continuando.*) ¡Si decís una palabra, cuento que ayer me poniais los ojos tiernos!
AND. (*Aterrada.*) ¡Ay! ¡Callad por la Virgen!
BELT. (*Talareando para disimular y haciéndole al mismo tiempo señas á Andrea para que calle.*) Taralari... (*Sério.*) Talararó... (*Sério.*) ¡Tiririri! ...
ISAB. (*Viniendo cerca de ellos.*) ¿Quién te ha dado esta carta? (*Conmovida.*)
BELT. El señor cura de la aldea.
AND. (*Pasando al lado de Isabel.*) ¡Qué emoción! ¿Dice algo que deba entristeceros?
ISAB. No. Mi padre va á llegar de un momento á otro.
AND. ¿De veras?
BELT. ¡Qué me place!
ISAB. El rey no ha querido que permaneciera por mas tiempo lejos de este país... y vuelve hoy mismo para conducirme en seguida á Baza... donde segun me anuncia se celebrará mi boda. ¡Oh! (*Casi llorando.*) ¿Lo ves? Van á casarme!
AND. ¿Y qué?
BELT. Mejor.
ISAB. (*A Beltran.*) ¡Calla! (*A Rigida.*)
BELT. (*Ap.*) ¡Hombre, esto sí que es raro! Una mujer que llora porque se casa, en vez de llorar para que la casen!
AND. ¡Dios mío!... ¡Ese llanto me pone en un mar de confusio-

nes! ¿Qué teneis? Aligiros cuando vais á ver á vuestro padre...

ISAB. ¡Tienes razon! ¡Soy muy ingrata para con el cielo! (*Afligida.*) Pero esa boda...

AND. ¡Esa boda es como cualquiera otra!

BELT. Ajá. Y al fin... Un marido no es ninguna fiera!

AND. (*A Isabel.*) Si hubierais tenido tres, como yo...

BELT. (*Con naturalidad.*) ¡Toma! Todavía no sabemos...

AND. (*Volviéndose enfadada á Beltran.*) ¿Qué estais charlando vos, papanatas? Ocupaos en poner la mesa, que ya es hora de hacer colacion.

BELT. Sí. No tardarán en dar las oraciones.

ISAB. (*Estremeciéndose.*) ¡Las oraciones! (*Se ven cruzar por distintos lados del fondo y á lo lejos, dos ó tres grupos de segadores separados unos de otros.*)

AND. (*Señalando.*) Como que ya se retiran los segadores á sus casas. (*Se oyen campanas dentro y lejos.*) Dicho y hecho. ¿Ois las campanas de la aldea?

ESCENA MUDA.

Música en la orquesta.—*Se oye un lejano y sencillo toque de campanas.*

—*Los segadores se detienen, se descubren y se quedan en actitud de orar.*—*Isabel, Andrea y Beltran se quedan tambien inmóviles figurando que rezan.*—*Después de una larga pausa y siempre acompañando la orquesta con una sencilla y religiosa melodía, los segadores se cubren y se van lentamente por distintos lados hasta desaparecer.*—*Andrea coge su rueca y hace señas á Beltran para que le ayude.*—*Este la obedece y entran en la casa llevándose la rueca, la silla y el cesto de albaricoques.*—*Isabel se queda sola y muy pensativa.*—*Las campanas cesaron.*—*La orquesta continua ya con otro carácter de música.*—*Al mismo tiempo Isabel exclama:*

ISABEL. (*Hablando con orquesta.*) ¡Dios mio! ¡Para obedecer á mi padre!... para dar lealmente mi mano y mi corazon al noble esposo que me destina... ¡haced que yo olvide este insensato amor! ¡Prestadme la energía que me faltat (*Zaide, vestido de caballero cristiano, aparece en el foro. Pausa.*) *Isabel continua sin verle.*

ISAB. Esta es la hora acostumbrada! ¿Por qué vacilo? Pronto. ¡Huyamos de aquí! (*Se dirige velozmente á la casa; pero Zaide se le presenta. Isabel retrocede. Golpe de orquesta.*)

ISAB. ¡Cielos!! (*Se queda indecisa.*)

ESCENA XII.

ISABEL, ZAIDE.

CANTO.

ZAIDE. *(Deleniendo á Isabel con suma dulzura y cortesania.)*

¿ A dónde, mi tesoro,
mi bien, hermosa mía,
á dónde vais turbada,
a dónde fugitiva ?
¿ No veis que ya la noche
tendió su sombra amiga ?
¿ No es esta ya la hora
que anbelo todo el dia ?

(Apasionado.) Con mas amor que nunca
os vuelvo, niña, á ver.
¡ Miradme cariñosa,
ó muero á vuestros piés!

ISAB. *(Ap.)* ¡ Por qué, ay de mí,
por qué le amé!

ZAIDE. *(Continuando.)* ¡ Con mas amor que nunca
os vuelvo, niña, á ver!

LOS DOS A UN TIEMPO.

ZAIDE.

Miradme cariñosa

ó muero á vuestros piés.

ISABEL. *(Ap.)*

¿ Por qué, desventurada,
le dí mi tierna fé?

ZAIDE.

¿ Qué os atormenta ?

¿ Qué os da recelos ?

¡ Fiel y rendido

me veis aquí!

¡ Decid ... decid!

¿ Por qué os encuentro,

mi bien, así?

ISABEL. *(Separándose de él, exclama en un arranque de dolor.)*

¡ Jamás al valle fuera

donde me vió ...

donde le ví!

¡ Jamás por él sintiera

la ardiente llama

que siento aquí!

¡ Sal, ay, del pecho,

pasion tirana!
Yo mis deberes
sabré cumplir.
¡Pero al mirarle
de pena muerol
¡Perdona, ó padre,
mi frenesí!

LOS DOS A UN TIEMPO.

ISABEL, (Ap.)
¡Sal, ay, del pecho,
pasion tirana!
Yo mis deberes
sabré cumplir.
¡Pero al mirarle,
de pena muerol
¡Perdona, ó padre,
mi frenesí!

ZAIDE, (A Isabel.)
De vuestros ojos
la luz me falta.
¡Miradme, hermosa,
miradme en fin!
¡Que sin los rayos
de esos luceros,
ni un solo instante
podré vivir!

LOS DOS.

¡Jamás al valle fuera
donde me vió...
donde le ví!
¡Jamás por él sintiera
la ardiente llama
que siento en mí!

¡Bien haya el valle ameno
donde me vió,
donde le ví!
¡Con sola una mirada
ardió la llama
que siento en mí!
(Cesa la música.)

HABLADO.

ZAIDE. (Cogiendo á Isabel suavemente de la mano y con suma dulzura.) Venid. (Conduciéndola al pie del manantial.) Sentaos aquí: á mi lado, como todas las noches.

ISABEL. (Sentándose maquinalmente, dice ap. con voz apagada: ¡Dios mío!)

ZAIDE. (Que se sienta á su lado, y le dice á media voz y muy cariñoso.) ¿Qué teneis? ¿Qué agitacion es esa?

ISABEL. (Sin saber qué decir) Vuestra llegada repentina.... El temor de que me sorprendan....

ZAIDE. Tranquilizaos. Si algun ruido sentís, será el rumor del viento.... ó el eco de esa corriente. La luna tardará en salir. Nadie nos oye... y podeis sin recelo decirme... ¿No lo adivinais, mi bella señora?... Son dos palabras no mas.

ISABEL. (Sin comprender.) ¿Dos palabras?

ZAIDE. (Sonriendo.) Sí. (Marcando.) «Os amo.» — ¿Cuándo las pronunciarán vuestros labios?

- ISABEL. (*Con decaimiento.*) Ahora ménos que nunca.
ZAIDE. (*Dulcemente.*) Menos que nunca... ¿y me respondeis además con aire tan esquivo? ¡Veo que desconfiais de mí! ¡Oh! no tengo duda. Desconfiais. (*Con tono mas grave.*) Pues bien, Isabel. Mi nobleza puede competir con la del mismo rey, mi espada ha brillado gloriosa en los torneos y en los combates. Aseguradme de vuestro amor... y yo os revelaré el secreto de mi vida.
- ISABEL. (*Lentamente.*) No pretendo penetrar ese secreto.
ZAIDE. ¿No? (*Afectuosamente.*) Os creo. Yo tampoco sé nada de vuestra condicion, de vuestra familia. ¿Qué nos importa todo eso, no es verdad? Oídme, Isabel: porque si ahora os callo mi nombre, puedo en cambio confiaros... hasta el mas íntimo sentimiento de mi corazón.
- ISAB. (*Queriendo interrumpirle.*) ¡Oh! yo os suplico...
ZAIDE. (*Con noble sinceridad.*) El rumor de las armas, los ecos de la guerra, los juramentos de venganza, han arrollado mis sueños desde la niñez. Huérfano, triste, y viendo por do quiera luto y lágrimas... mis ojos se volvian fatigados á una pobre huérfana como yo, siempre buena, siempre solícita para prestarme consuelo y esperanza en el porvenir. ¡Ella (*Lentamente*) sola dulcificaba mis penas! ¡Ella hubiera sido mi esposa un día!
- ISAB. (*Se levanta y dice con tristeza.*) ¡Oh!
ZAIDE. (*Vivamente levantándose, con pasion.*) ¡Pero es vÍ, Isabel! ¡Os vÍ cruzar por ese valle como una blanca paloma, como una celeste hurf, como la realidad de un amoroso sueño! Todo lo olvidé por vos. Mis pasos siguieron los vuestros, mis suspiros resonaron una y otra noche al pié de esa ventana. Y cuando empiezo á creer que os compadeceis de mi martirio, cuando me permitís que venga á vuestro lado... ¿quereis que vuestro silencio no me desespere? ¿que vuestro desden no me mate?
- ISABEL. (*Agitada.*) ¡Por compasion!... ¡Partid!
ZAIDE. ¡Extraño lenguaje! (*Observándola con recelo.*) ¡Singular inquietud la vuestra! Hablad, Isabel.
- ISAB. No puedo. Vuestro acento domina mi razon... y yo necesito que la razon venga en mi auxilio. ¡Dejadme! dejad que para ser leal con vos, me dé el cielo las fuerzas que ahora me faltan. Mañana sabreis...
- ZAIDE. Siempre mañana!
- ISABEL. Apresuraos. Ya me echarán de menos. La luna va á parecer... y es tan peligroso cruzar de noche la sierra... (*Con interés.*) ¿No os acompaña nadie?
- ZAIDE. Me basta mi espada.
- ISABEL. Pues bien. (*Desprendiendo una crucecita de su cuello.*) Que tambien os acompañe esta cruz.
- ZAIDE. (*Se estremece y vacila en tomarla.*) ¡¡Cielos! (*Ap.*)

- ISABEL. (*Alargándola y sin que Zaide la tome.*) Llevadla en vuestro cuello. Recuerdo de estas perdidas horas, ella será además vuestro mejor escudo. (*Viendo la incertidumbre de Zaide.*) ¿La rehusáis?
- ZAIDE. (*Decidiéndose vivamente y tomando la cruz.*) Dadme, Isabel... dadme esa prenda de amor, y estad segura... (*Se detiene al escuchar la voz de Zelia, que suena lejos y se va acercando. Música en la orquesta.*)

AL MISMO TIEMPO.

(*Hablado.*)

(*Cantado.*)

- ISABEL. ZELIA.
(*Después de escuchar un momento.*) (*Dentro. Estribillo, aire de canción.*)
¡Viene gente! Lalalá, lalalá, lá,
ZAIDE. (*Ap.*) La señal laralá, laralá, lá,
de los laralá, laralá, lá,
nuestros!) laralá, laralá, lá,
ISABEL. ¡Alejaos! si me vieran...
ZAIDE. Nada temais. (*Se ve el reflejo de la luna.*)
ISABEL. (*A Zaide.*) ¿No veis la claridad de la luna? ¡Huïd!
ZAIDE. ¡Un momento! (*En este tiempo la luna se ve brillando en todo su esplendor, y Zelia aparece sobre el puente de espaldas á Isabel y Zaide y como dirigiendo sus ecos al valle y á la sierra. Su ademán es solenne y la luz de la luna, que la baña en este momento, le da cierto aspecto fantástico.*)

CANTO.

- (*Que es la continuacion del estribillo que no cesa hasta este momento.*)
ZELIA. (*Apareciendo*) ¡Alerta!
ZAIDE. (*Zelia!*)
ISABEL. (*Qué significa!... (Con temor y en voz baja.)*)
ZAIDE. (*En voz baja.*) Tranquilizaos. (*Zaide é Isabel permanecen algo escondidos; pero a la vista del público y escuchando con gran atencion*)
ZELIA. (*Sin verlos y en lo alto del puente.*)
¡Alerta! ¡que asoma
por esa cañada
de opuesta bandera
la cruz plateada!
¡Alerta! ¡que viene
guerrero tropel
en pos de un anciano
de noble alívez!

- ISAB. *(Ap. y hablado.)* ¡Cielos, mi padre quizás!
- ZELIA. *(Continuando.)* ¡Atalayás
de la sierra,
la señal
suene ya! *(Dándola en una pequeña frase.)*
Laralá. *(Escucha.)*
- VOZ. *(dentro.)* ¡Laraláa!...
- OTRA. *(Mas lejos.)* ¡Laraláa!
- OTRA. *(Mas lejos.)* ¡Laraláaaa!

A UN TIEMPO.

- ZELIA. *(Que á medida que canta se va retirando muy lentamente.)*
¡Laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá!
- CORO LEJANO. ¡Amigos, ... alerta!
¡que en esa cañada
cristiana bandera
se ha visto asomar!
- ECOS LEJANOS. *(En otra direccion.)*
¡Laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá!

El coro y los ecos se van apagando hasta no oirse. Zelia desaparece por entre las colinas.

HABLADO.

- ISAB. *(Cuando Zelia se ha ido, viene velozmente al centro del proscenio diciendo á Zaide.)* ¡Oh! ¡Partid! Dejadme. Nuestro cariño es imposible.
- ZAIDE. *(Conmovido.)* ¿Qué decís?
- ISAB. Que ese anciano que llega es mi padre tal vez! Mi padre que ya ha dispuesto de mi mano.
- ZAIDE. Y me lo ocultabais! *(Con energia.)* No. Eso no será.
- ISAB. *(Dirigiéndose a la casa.)* Dejadme, ó estoy perdida! ¡Huid!
(Entra velozmente y cierra.)
- ZAIDE. *(Que la ha seguido algunos pasos, con gran ansiedad.)*
¡Isabel! ¡Deteneos! ¡Una sola palabra! *(En este momento sale Hazem. Al verle Zaide retrocede sorprendido.)* ¡Hazem!

ESCENA FINAL.

CANTO.

HAZEM. (*Reconociéndole.*) ¡Zaide! ¿Qué es lo que miro? ¿Tú en ese traje?

ZAIDE. (*A quien la exasperacion domina.*) ¡SI!

HAZ. ¿Qué buscas?

ZAIDE. (*Con despecho.*) ¡La venganza! ¡La muerte busco aquí. (*Diálogo agitado.*)

HAZ. (*Consternado.*) ¿Sabes que el cielo nos abandona?

ZAIDE. (*Que no le escucha, mirando al valle y señalando con desesperacion.*)

¿Sus armaduras
no ves lucir?

HAZ. (*Consternado á Zaide.*)

El enemigo
vence en Granada.

ZAIDE. (*Ap. sin escucharle y desesperado.*)

¿Por qué te pierdo
mi bien, así?

HAZ. (*Notando la turbacion de Zaide.*)

¿Qué tienes, Zaide?
¡Ven sin tardar!
Contraria hueste
se vió llegar!

La seña escucha,
sonando está.

A UN TIEMPO.

ZAIDE. Hazem, venganza!

HAZ. De nuestro acero
la patria espera
su libertad!

ZAIDE. (*Ap.*) ¡Suerte traidora!

HAZ. (*Llevándose lo.*) ¡Ven, apresúrate!

ZELIA, y ecos dentro.
Laralá, laralá, lá,
laralá, laralá, lá!

Coño (*lejos.*)

Amigos, alerta,
que en esa cañada,

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un pueblecito, situado en la pendiente de una alta montaña. Las calles, partiendo del segundo bastidor, se van elevando en cuestras y en formas irregulares por la pendiente misma. Algunas de estas calles tienen cobertizos ó arcos que dejan ver el interior de la población. Otras tienen escalones groseramente marcados en la montaña. En una altura, una pequeña plaza dominando las casas que hay delante de ella y dominada á su vez por las que tiene á la espalda. Torrecillas, minaretes, etc. Como la montaña es frondosa, se ven asomar muchos árboles por entre los edificios. Un cauce á la derecha abajo. A la izquierda, en los primeros términos, varias tiendas ambulantes de lienzo que forman un pequeño mercado. A la derecha en primer término la casa de Hazem. La vista general debe ser en extremo pintoresca.

ESCENA PRIMERA.

Música en la orquesta.—Empiezan á asomar las primeras tintas del alba.—Todas las puertas y ventanas de la aldea así como las tiendas del mercado están cerradas. Únicamente por la ventana ó mirador de la casa de Hazem se ve á Zelia sentada dentro y con aire triste y pensativo. Al cabo de algunos compases, levanta la cabeza, mira con ansiedad hácia el pueblo, y manifestando como un gesto que no vé lo que desea, da un suspiro y vuelve á la misma actitud de antes. En seguida y por el lado opuesto á aquel hácia el cual miraba Zelia, sale Zaide con traje de moro, envuelto en su capa y con aire de despecho.

ZAIDE. (Deteniéndose agitado en el centro de la escena, mirando á un lado y otro y desembozándose.)

CANTO.—RECITADO.

Nadie llegar me vió
Ya el alba asoma.
Otra noche de afán
pasada en vano!
En vano ansioso allí
tantas veces volví.

¡Ah, sal del corazón...
amor tirano!

¡Ay!!!

Mi apacible aldea,
mis amigos fieles;
¡cómo os olvidé!
¡Todo!

Todo por la ingrata
que la paz me roba
lo sacrificué.

Ciego de despecho,
loco de pesar

mal vencer procuro
mi pasión fatal!

En celosas iras
síntome abrasar!

Ay! Porque te olvido,
mi tranquilo hogar!

Aquí yo ingrato!

Burlado allá...

Ay! en mí ya nadie,
nadie pensará. (Pausa.)

HABLADO.

ZAIDE. (Después de una pausa.) No! desde aquella noche, la ingrata huyó para siempre de mí! En vano he vuelto una vez y otra al pie de sus ventanas! Ni un eco! Ni una señal que consolara mi dolor ni que alentara mi esperanza!— (Con recelo.) Si alguno me hubiese visto... si descubriesen mi secreto!— (Mira en torno suyo.) No. Las calles están desiertas. Todos duermen.— Yo solo velo con mis pesares... olvidado del mundo entero.

ZELIA. (Siempre sentada y pensativa, exclama sin verlo, y suspirando.) Zaidel!

ZAIDE. (Bajo.) Quién pronuncia mi nombre?

ZELIA. (Como antes.) Zaidel!

ZAIDE. Es la voz de Zelia! (Se dirige a la casa y mira.) Sí. Hay luz en su estancia! Allí está. Inmóvil! Pensativa! ¿Habrá tal vez sospechado?... (Llamándola.) Zelia!

ZELIA. (Al oír la voz de Zaidel, se levanta y corre a asomarse alegremente a la ventana.) Ah!—Zaidel! Eres tú?

ZAIDE. Cómo te hallo tan temprano despierta?

ZELIA. ¿Vuelves ahora de la sierra?

ZAIDE. (Ap. con recelo.) (Esa pregunta...!) (Alto.) Sí.

ZELIA. Nada te ha sucedido esta noche?

ZAIDE. No.

- ZELIA. (*Lentamente.*) Adios, Zaide mio. Voy á dormir tranquila. Hasta mañana.
- ZAIDE. Qué dices? No ves la luz del alba?
- ZELIA. (*Triste.*) Sí. Es cierto. Las horas del sueño han pasado ya!
- ZAIDE. Y no te has ido al lecho todavía!
- ZELIA. Estabas tú ausente, Zaide mio. Y siempre que te alejas de la aldea, me quedo sin sosiego temiendo que vayas á correr algun peligro.
- ZAIDE. Cómo! Velabas por mí?
- ZELIA. Lo estrañas acaso?
- ZAIDE. Ah, pobre Zelia! Tu cariño sí que no me abandona!
- ZELIA. Abandonarte? Qué estás diciendo? Qué ideas te atormentan? Por qué hace algun tiempo que todo revela en tí la mas profunda tristeza?
- ZAIDE. Oh! No lo creas.
- ZELIA. (*Melancólicamente.*) Cómo no he de creerlo, Zaide? ¿Vienes ya como otras veces á buscarme para danzar en nuestras fiestas... ó para consolarte de nuestra mala fortuna?—Te asomas ya por ventura á mi puerta para desearme dulce y tranquilo sueño?
- ZAIDE. Los... cuidados de una próxima lucha...
- ZELIA. (*Vivamente*) Sí! Lo creo. Dime que esa es la causa... Dime... lo que quieras, con tal de que tu corazón sea siempre mio.
- ZAIDE. Zelia...
- ZELIA. Oh! lo sé. Tú me amas como yo te amo.—Pero por qué no he de compartir contigo esos cuidados?—Juntos hemos soñado siempre con tu porvenir y tu gloria! Juntos hemos tambien llorado ante el sepulcro de tu padre, noble mártir de su religion y de su patria! (*Tristemente.*) Zaide! Hace un mes que voy sola á decir mi plegaria!
- ZAIDE. (*Ap.*) Cielos!
- ZELIA. Pero yo no te reconvento, Zaide mio! Cómo dudar de que habrás tenido que cumplir otros altos deberes? Perdona mis palabras, y en cambio... (*Empieza a quitar una flor de su pecho.*)
- ZAIDE. Sí, Zelia.—Adios!
- ZELIA. Espera un instante. (*Queriendo arrojarle la flor.*)
- ZAIDE. (*Sin notarlo.*) No. He vuelto muy cansado. Ya empieza á amanecer y... Adios. Mas tarde nos veremos. (*Se va vivamente por la derecha. Zelia se queda en la ventana, triste y con la flor en la mano.*)
- ZELIA. (*Sola y triste.*) No me escucha!—Tanta melancolia! Tanta tibieza... No sé que estraño presentimiento... Qué locura! Es mi amor, que de todo se alarma. (*Se abre de pronto la puerta de la casa y aparece en el umbral Hazem, que mira a un lado y otro con recelo y dice en seguida y sin separarse de la puerta.*)

- HAZEN.** Nadie!
- ZELIA.** (Sin verlo y en la ventana frente al público, exclama lentamente, alzando los ojos al cielo.) Aurora que amanece!
Vuélveme con tu luz la calma y la alegría!
- HAZ.** (Que sin separarse de la puerta la ha escuchado con interés, repite en voz baja y lentamente.) La calma y la alegría?...
No comprendo...
- ZELIA.** (Fijando tristemente su vista en la flor, que aun tiene en la mano.) Pobre flor! No ha mucho tiempo, Zaide te habria acariciado con afan! Hoy... ni siquiera ha reparado en tí! Ay! Ya que tú mueras olvidada... que al menos viva yo siempre en su corazon. (La deja caer a la calle, y desaparece.)
- HAZ.** Qué dice? (Se adelanta muy cautelosamente, y pegado al muro. Llega al ángulo de la casa, mira con precaucion á la ventana y dice.) Ya no está. Anoche tambien velaba ansioso! Anoche tambien suspiraba en esa ventana! Qué puede así turbar la paz de sus amores? Acaso Zaide... Oh! no. Yo fio en su lealtad. Ysin embargo... Sus largas ausencias de la aldea; el disfraz con que hace noches le sorprendí... Ah! (Mirando a la casa.) Nada temas! Yo velo por tu felicidad, hermana mia; y si alguien la turbara... (Empieza dentro y lejos el canto que sigue. Zamir aparece por el fondo y dice gravemente.)
- ZAMIR.** Hazem. No oyes ese canto sagrado? Ya luce el dia y es preciso decidir nuestra empresa.
- HAZ.** Sí. Las gentes principian á salir de sus casas. La aldea vá á recobrar su animacion. Ven. Busquemos á Zaide y sepamos si al fin llegó la hora. (Se van por la derecha.)

MÚSICA.

- VOZ DENTRO.** ¡Dios solo es Dios!
fieles, orad!
¡La luz del sol
despunta ya!
¡Dios solo es Dios!
fieles, orad!
¡Orad!
¡Orad!

ESCENA II.

Las puertas y ventanas, así como las tiendas y los puestos del mercado, se van abriendo sucesivamente. Los habitantes de la aldea acuden, unos con cestas para comprar sus provisiones, otros con cántaros, que llenan en una fuente que hay en la plaza. Algunas mujeres se sientan en las puertas á hacer su labor, otras tienden ropas en las ventanas, etc.

Movimiento de una poblacion que se entrega á sus tareas ordinarias. Todo acompañado de la orquesta y sin canto. Al cabo de unos instantes se oyen voces dentro en distintas direcciones.

CANTO.

VOCES. ¡Ved la aurora!
OTROS. ¡Ved el día!
UNOS. ¡Despertad!
OTROS. ¡Despertad!
TODOS. ¡El trabajo,
la alegría,
vuelven ya,
vuelven ya!

(Un grupo de labradores con instrumentos de labor, saliendo animadamente por una de las calles)

LABS. ¡Al campo, labradores,
el sol en la sierra
comienza á brillar!
De frutos y de flores
su rico tesoro
la tierra nos dá.

(Un grupo de lavanderas con lios de ropa en la cabeza, saliendo alegremente por otra calle.)

LAVANDS. ¡Laralalá, lalá, lalá,
viva la alegre lavandera!
¡Laralalá, lalá, lalá!
Viva el placer de trabajar!

(Un grupo de vendedores con cestos, etc., saliendo bulliciosamente por otro lado.)

VENDS. ¡Leche, frutas,
blanco arroz!
Quesos y dátiles!
Dulce de Orán.
¡Qué empanadas!
¡Miren pues!
LABRADS. ¡Miren qué tierras!
¡Vengan acá!—*Los tres grupos á un tiempo.*

LABRADS.

¡Al campo, labradores,
el sol en la sierra
comienza á brillar!

¡De frutos y de flores
su rico tesoro

la tierra nos dá!

¡Laralalá, lalá, lalá!

¡Viva el trabajo, labradores,

laralalá, lalá, lalá!

¡Viva el tesoro que nos dá!

¡Alegres lavanderas,

el sol en la sierra

comienza á brillar!

¡Al cauce, compañeras,

que el agua está pura

cual limpio cristal!

¡Laralalá, lalá, lalá!

¡Viva la alegre lavandera!

¡Laralalá, lalá, lalá!

¡Viva el placer de trabajar!

VENDS.

¡Vecinos de la aldea,

el sol en la sierra

comienza á brillar!

¡Salid á las ventanas!

mis quesos, mis frutas,

mis dulces mirad!

¡Leche, fruta, blanco arroz,

quesos y dátiles! dulce de Orán!

¡Qué empanadas, miren pues,

¡Miren que tiernas! Vengan acá!

HABLADO.

LABRS.

¡Al campo!

LAVS.

¡A la tarea!

VENDS.

¡Comprad!

(Los labradores se van hacia el campo, las lavanderas se dirigen al cauce y en él se ponen á lavar; los vendedores se dispersan en distintas direcciones.)

ESCENA III.

PUEBLO, ZAMIR, BELTRAN, que sale corriendo, disfrazado de moro.

BELTRAN. ¡Uf! Ya llegué á la aldea. ¡Cristo, qué tunda van á darnos si descubren que no soy moro! No perdamos el tiempo. Tratemos de encontrar á mi bella Zelia, ya que hace una semana que no la he vuelto á ver por la vega. ¡Ay, si el con-

- de y la señora Andrea supiesen esta escapada!... (Zamir y varios moros, que están con él, reparan en Beltran con extrañeza.) (Creo que me miran. Probemos á saludarlos á la usanza oriental.) ¡Zalamalá! (Haciendo un saludo.)
- MOROS. (Id.) ¡Zalamalá!
- BELT. (¡Victoria!) ¡Me creen tan moro como ellos! (Reflexionando.) ¡Ahora me explico por qué al pasar por la ermita se me abalanzó el perro con tanta rabia! ¡Zalamalá! (Como antes.) ¡Zalamalá!
- MOROS. (Bravo!—Esto es lo que se llama dar un golpe.) (Al mismo tiempo Zamir le dá un golpe en el hombro. Beltran se vuelve asustado, lo mira con miedo y exclama.) ¡Ay!
- ZAMIR. ¿De qué tierra es el forastero?
- BELT. (¡Ay, qué gigante!) (Bruscamente.) Habla pronto.
- ZAMIR. (¡Creo que con este no me vale el zalamalá!)
- BELT. ¿Qué buscas aquí?
- ZAMIR. ¿Yo? Cualquier cosa: lo primero que me den.
- BELT. (A sus compañeros.) ¡Vive el cielo, que este hombre es un vagamundo ó un espía!
- MOROS. ¡Sí, sí!
- BELT. (¡Ay. San Miguel bendito!)
- MOROS. ¡Habla!
- BELT. (¡Si no miento me descuartizan!) Juro por...
- ZAM. ¡No me engañes!
- BELT. Juro que vengo huyendo de esos perros cristianos...
- ZAM. (Con gran interés.) ¿Qué! ¿Los has visto? ¿Has peleado quizas contra ellos?
- BELT. ¡Lo mismo que un tigre! La lucha fué tenaz, pero yo les hice correr!
- ZAM. (Con alegría.) ¿Correr?
- BELT. Sí; detrás de mí.
- ZAM. ¿Qué dices? (Con enojo.)
- BELT. Por eso vengo buscando un refugio en esta aldea...
- ZAM. Bien está. ¿Sabes blandir un acero y manejar una lanza?
- BELT. En mi vida me he ocupado yo de esos pormenores.
- ZAM. Este hombre no sirve para soldado.
- BELT. (¡Qué gran fisionomista!) Pero si te dejas guiar por mí...
- ZAM. ¡Con muchísimo gusto! (Así sabré dónde vive mi ingrata.) (Dándole la mono.) Toca esos cinco.
- ZAM. En buen hora. No faltará una torre donde ponerte de atalaya.
- BELT. (¡Cielos, perdido soy!) (A sus compañeros.) Levadle.
- ZAM. Poco á poco. Yo no distingo bien á esa altura.
- BELT. Nadie se nega á ser útil en estos tiempos de guerra! (Quiéren llevarselo por fuerza.)
- ZAM. (Luchando por escapar.) ¡No, dejadme!

(ZAMIR.) ... ¡Silencio, ó vive el cielo!
 -BELT. Socorro, favor! (Sale Zaide; al verle Beltran corre y se pone detrás de él para que le ampare.)

ESCENA IV.

DICHOS, Y ZAIDE.

ZAIDE. ¿Quién es este hombre? ¿Por qué le amenazais?
 ZAMIR. Es un cobarde que se niega á servir á su patria.
 BELT. (Detrás de Zaide.) Mientes. Lo que yo no quiero es servirla desde tan alto.
 ZAIDE. (Vuélvete la cara y lo mira sorprendido.) ¿Eh?... ¿Me engañan mis ojos?... ¡Esas facciones!... Dejados! (A Zamir.)
 ZAMIR. ¿Qué! ¿Tú le amparas?
 BELT. (¡Me salvé!)
 ZAIDE. Retiraos y esperad mis órdenes. (Zamir y sus compañeros se retiran al fondo, murmurando y lanzando á Beltran miradas amenazadoras.)
 BELT. (¡Huy! ¡que ojazos me echan!)
 ZAIDE. (Le coge de la mano y, llevándole vivamente á un lado, le dice en voz baja.) Ven acá. Y ¡ay de tí si intentas engañarme!
 BELT. ¿Yo?
 ZAIDE. ¡Te he conocido, y ese traje es un disfraz!
 BELT. (Aterrado.) Misericordia...
 ZAIDE. ¡Silencio! La verdad solamente puede salvarte.
 BELT. Pues... la verdad es... que yo he venido en busca de una mora, de quien me he enamorado ciegamente...
 ZAIDE. ¡Tú! ¿Un cristiano!
 BELT. ¿Qué queréis! ¿Por diferenciar!...
 ZAIDE. Todo te lo perdono si respondes á mis preguntas. ¿No sirves á una jóven, llamada Isabel?
 BELT. La sirvo.
 ZAIDE. Bien imaginé haberte visto acompañarla algunas tardes.
 BELT. Calle! Pues yo no recuerdo...
 ZAIDE. Qué es de tu ama? Pronto, ¿qué ha sido de ella?
 BELT. ¡Tomal! Está en la alquería como siempre.
 ZAIDE. Y sin embargo, ya no se la vé en su balcon; ya no sale como otras veces por el valle.
 BELT. (Con importancia.) Es que ahora estamos muy ocupados.
 ZAIDE. ¿Qué quieres decir?
 BELT. Que va á casarse de un momento á otro.
 ZAIDE. ¡A casarse! (Ap.) ¡Ah! Nécio de mí, que todavía esperaba... (Ap. y observándole con sorpresa.) ¿Cómo se ha puesto! Calle, sería cosa que este tambien por diferenciar...)
 ZAIDE. Pero ella... No ha intentado resistir á ese enlace?
 BELT. Resistir? Buen génio tiene su padre! Solo con (Tose fuerte.) hacer... ejem... nos mete á todos en un puño.

ZAIDE. ¿Quién es su padre? Respondele.
BELT. (Si sabe que es el gobernador de Baza no escapo yo tampoco de sus manos.)

ZAIDE. ¡Su nombre, su clase, dílo pronto!

BELT. Es... un pobre hidalgo recién venido de Castilla...

ZAIDE. (Ap) (No. Yo no puedo creer que ella me olvide! Y esta tarde suceda lo que quiera...) (Alto.) Ya puedes volverte á tu aldea.

BELT. ¡Santa palabra! (Va á irse.)

ZAIDE. Pero á fin de que no les infundas sospechas... ¡Zamir! (Zamir se acerca.) Este hombre está dispuesto á cuanto le mandéis.

BELT. (Consternado.) ¡Qué oigo!

ZAIDE. Pero dentro de una hora le hareis emprender el camino de la vega, sin perderlo de vista hasta que se halle bien distante de aquí.

BELT. Yo prometo no parar de correr...

ZAIDE. Que mi voluntad se cumpla. (Se vá por la derecha.)

BELT. Pero no me encerramis en una torre con este sol!

ZAMIR. ¡Silencio! Dentro de una hora serás relevado. Pero en el término, á la menor cosa que adviertas en las montañas ó en la llanura, ven á darme aviso. (Con voz terrible.) ¡Ay de tu cabeza!

BELT. ¡Sí; por tenerla ligera me veo en este apuro.

ZAMIR. ¡Vamos!

BELT. ¡Ay si yo hubiese previsto que por diferenciar...

ZAM. En marcha.

BELT. Podeis decirme en donde vivé por aquí una morenita...

ZAM. ¡Vivó! (Se lo lleva, yéndose con el por la izquierda.)

ESCENA V.

Las Lavanderas, lavando en el cauce. Hombres del pueblo.

CANTO.

Pan, Pan, Pan, Sacudiendo la ropa.
Cuando un mancebo y como presenciar
nos viene al cauce
á requebrar.

Pan, Pan.

¡Qué salpicado
qué fresco el pobre
de aquí se vá!

UN GRUPO. (De moros en el extremo izquierdo del proscenio, disponiéndose á la fiesta.)

Tan, tan. (Dando golpes en los panderos).
De los panderos

OTROS.
UNOS.
OTROS.
TODOS.

Tan, tan.
Tan, tan.
Tan, tan. — (Pausa.)
¡Espanta su mirar!

MULAK. (En medio de la escena y con grande entonacion.)

¡Al arma! habitantes
del llano y la sierra!
¡Al arma!
¡Volad!

Al arma, y que cunda
mi grito de guerra!
Ardiendo de Granada
la fértil vega está!
Ardiendo de Granada
la fértil vega está!

CORO.

(Gran emocion en todos. Mulak va adelantándose lentamente. Todos le preguntan por señas, manifestando la mas dolorosa ansiedad.)

MULAK. Lanzó el cristiano
sus escuadrones
de cien clarines

al ronco son;
y de repente
por la ancha vega.
un mar de fuego
correr se vió!

A LA VEZ.

MULAK. (Con dolorido acento.)

¡Ay alegres,
tranquilas cabañas!
¡Ay, tierra querida,
que el mundo envidió!
¡Talaron tus mieses!
¡Talaron tus flores!
¡Subumben tus hijos
de espanto y dolor!

PUEBLO. (Con furor unos,
y otros bajo.)

El fiero
enemigo
la vega
taló.
Ay pobre
campiña,
que el mundo
envidió!
¡Venganza! (Con energia)
Rompamos
el yugo feroz!
¡Venganza!
de guerra!

tremole
el pendon!

Otros
Unos
Otros
Todos

MULAK.

Roja, humeante,
la ardiente llama,
en nube inmensa
nos envolvió.
Solo alumbraba
con sus reflejos
sangre y ruinas,
llanto y horror!

(En medio de la escena de la escena.)

A LA VEZ.

MULAK.

COBO

MULAK.

PUEBLO.

Ay, alegres
tranquilas cabañas!
Ay, tierra querida
que el mundo envidió!
¡Talaron tus mieses!
talaron tus flores,
sucumben tus hijos
de espanto y dolor!

El fiero
contrario
la vega
taló!
¡Ay pobres
campiñas,
que el mundo
envidió!

¡Venganza!
Rompamos
el yugo
feroz!

¡Venganza!
De guerra
tremole
el pendon!

HABLADO.

MULAK.

(Después de una pausa y con voz grave y solemne.)
¡Al arma! ¡Granada resiste aun! ¿Quién, nobles hijos de estas tierras, quién apagó el fuego santo de vuestros corazones? ¿Cómo sufrís la esclavitud, cuando brilla todavía nuestro estandarte en las soberbias torres de la Alhambra? ¿Dónde están vuestros jefes? ¿En dónde vuestros capitanes se esconden, cobardes ó traidores?

ZAIDE.

(Presentándose de pronto, seguido de Hazem y Zelia.)

TODOS.

Ten la lengua villana... si no quieres que te arranque la vida!
¡Zaide!

ESCENA VI.

PUEBLO, MULAK, ZAIDE, HAZEM, ZELIA, ZAMIR.

ZAIDE. (*Lentamente á Mulak.*) ¿Quién eres tú, que al borde de la tumba calumnias nuestra lealtad? Tú, resto de una generación... cuyos desaciertos nos perdieron!

MULAK. (*Lentamente.*) Muy altivo te muestras para tus pocos años. ¿Has adquirido esa osadía en los combates?... (*Severamente.*) ¿lo tienes tan solo para insultar la memoria de tus mayores?

ZAIDE. (*Amenazándole.*) ¡Miserable!

HAZ. ¡Detente!

ZELIA. ¡Detente!

MULAK. (*Con acento y ademán altivos.*) ¡Ven! Pon tus manos en Mulak el profeta!

TODOS. (*Con respeto.*) ¡Un profeta!

MULAK. ¡Dios va conmigo, y ay del que no se humille a mi voz!

ZELIA. ¡Zaide! ¡Respeto al inspirado del cielo! (*Mulak mira á todos con altivez. Momentos de silencio general.*)

MULAK. Coge mas bien tu caballo y tu lanza, y gánate el derecho de ser temido.

HAZEM. (*Gravemente.*) Anciano, Zaide cuenta en su juventud mas proezas que muchos famosos capitanes. ¡Es nuestro jefe! Es el hijo de nuestro antiguo caudillo Zemir-Kan, y el digno heredero de su gloria.

MULAK. (*Sorprendido.*) ¡De Zemir-Kan! (*Se dirige lentamente á Zaide. Llega á su lado y lo mira con interés.*)

¡Si! Esas facciones me recuerdan al esforzado guerrero que pereció á mi lado combatiendo en las huertas de Baza.

ZAIDE. ¿Qué dices?

HAZEM. ¿Qué dices?

ZELIA. ¿Qué dices?

MULAK. ¡Yo tambien derramé mi sangre en aquella jornada funesta! Y hoy que mi brazo no puede ya manejar el acero, hoy vengo solo, agobiado por el dolor, exánime de fatiga, predicando la guerra desde los campos de Granada. (*Muy conmovido.*) ¡Oh! ¡Si vierais la bella y opulenta ciudad de otros días! (*Cogiendo las manos de Hazem y Zaide, y en medio de los dos.*) ¡Vengadla, hijos míos! ¡Vengad sus palacios desiertos, sus campos arrasados, su grandeza humillada! Sacudid, en fin, el vergonzoso yugo que os oprime!

TODOS. ¡Si, si!

HAZ. (*Resueltamente.*) Zaide, ¿qué nos detiene ya? Si hace algunos días creiste que éramos pocos para tan alta empresa, hoy los pueblos vecinos solo aguardan una señal nuestra para correr á las armas!

ZAIDE. (*Con energía.*) Pues bien; yo levantaré nuestra bandera y

- marcharemos sobre Baza.
- MULAK. ¿Sobre Baza? ¡Oh, no! La ciudad está muy bien guardada.
- HAZ. ¡Sus habitantes se sublevarán á nuestra voz, y hoy se halla ausente de sus muros nuestro enemigo mas terrible! El único que pudiéramos temer: el conde de Arcos en fin...
- MULAK. ¡El gobernador castellano! ¡Ah! que ese error no nos pierda. Yo he pasado por Baza y esperan al conde hoy mismo. Una vez al frente de sus tropas, nada resiste á su pujanza. Llevad por otra parte la guerra.
- ZAIDE. *(Con energía)* No; mil veces. ¡Los campos de Granada están ardiendo! ¡Granada próxima á sucumbir! ¡Ciudad por ciudad! ¡Estrago por estrago! *(Murmullos de aprobacion en el pueblo.)*
- MULAK. Pues bien. Un medio hay para asegurar nuestra empresa. Demos la muerte al conde, pero no en el combate. Que una mano certera le quite ocultamente la vida.
- ZAIDE. ¿Qué dices?
- MULAK. *(Con tono y ademán profético.)* ¡Dios me anuncia que solo así obtendremos la victoria! ¡En el cielo estoy leyendo el destino de nuestro enemigo! ¡Escrito está! Muera el conde para salvarnos á todos!
- TODOS. ¡Muera!
- MULAK. *(Después de una pausa y lenta y gravemente.)*
- ZAIDE. ¡Zaide! Tu brazo es el que ha de herir el primero! A tí es á quien toca esa venganza.
- ZAIDE. *(Sorprendido)* ¡A mí!
- MULAK. ¡Qué! Ignoras que el conde fué el matador de tu padre!
- ZAIDE. ¡Cielos! *(Emocion en todos.)*
- HAZEM. }
ZELIA. }
MULAK. }
ZAIDE. }
Yo lo vi! Yo lo juro por su santa memoria!
- ZAIDE. ¡Ah! Dices bien. A mí el primero me toca quitar al conde la vida. Pero no con el puñal del asesino. Yo sabré penetrar en donde quiera que se encuentre, y allí solos los dos, y frente á frente, yo vengaré á mi padre, y os libraré de ese tirano.
- ZELIA. ¡Zaide! Dios te proteja!
- HAZ. Nuestra será esta noche la victoria!
- TODOS. ¡Viva Zaide! *(Con esta exclamacion todo el pueblo y demás personajes rodean á Zaide, viniéndose al mismo tiempo á ocupar el lado derecho del proscenio, dejando el izquierdo enteramente libre.)*

ESCENA VII.

DICHOS, BELTRAN, que viene corriendo por el fondo derecha. Zamir, al verle se separa del grupo del pueblo y se acerca á Beltran. Hablan solos en el proscenio derecha.

BELTRAN. ¡Ay! ¡Ahora sí que no escapó!

ZAMIR. ¿Qué es eso? ¿Qué traes?

BELT. Que viene un escuadron de cristianos.

ZAM. ¿Estas seguro?

BELT. ¡Los he visto desde esa torre maldita en donde me pusieron! Y ahora desde ahí! ¡Y á mi amo y á su hija y á la bruja de la duena! ¿Qué inesperado viaje es este?

ZAM. (Viendo vivamente al grupo del pueblo.) ¡Soldados cristianos!

TODO. ¡Cristianos! (Desconcertados y agitándose.)

HAZEM. ¡Silencio! que nada sospechen: retiraos todos: Zaide, aléjate con ese anciano: yo quedo aquí para recibirlos.

ZAIDE. (Al pueblo.) ¡Partid! ¡Apresuraos! (El pueblo echa á correr en distintas direcciones. Los mercaderes cierran temerosos sus tiendas. Las gentes entran huyendo en sus casas.)

BELT. (Paes estos tienen tanto miedo como yo.)

MULAK. (A Zaide.) Ven.

ZAIDE. Sí: esta noche los encontraremos en el combate. (Se vá con Mulak.)

BELT. (Viendo á Zelia, que se dirige al fondo.) ¡Cielos! ¡La moral! ¡En buena ocasion di con ella! Huyamos.)

ZAM. (Cogiéndole de un brazo.) Detente, si te ven correr sospecharán alguna cosa.

BELT. ¡Por todos los Profetas, déjame marchar! (Queriendo irse.)

ZAM. ¡Quieto! (Deteniéndole y llevándole al extremo izquierda del proscenio.)

ZELIA. ¡Ellos son! (Desde el fondo derecha.)

BELT. ¡Huy! (Tapándose la cara con la mano izquierda para que no le conozcan.)

ESCENA VIII.

HAZEM, ZAMIR, ZELIA, BELTRAN, (á un lado.) EL CONDE, ISABEL, (cubierta con un velo.) ANDREA, EL ALFEREZ. A la entrada del pueblo se queda una litera y un grupo de soldados cristianos.

ALFEREZ. Ved como huyen esos condenados.

CONDE. Señor Alférez!... á ninguno se insulte ni atropelle: hoy todos son vasallos de los reyes de Castilla.

ALF. Perdonad, señor Conde.

CONDE. ¡Silencio! Ya sabéis que no quiero ser conocido. (Adelantándose. ¡Ah, de la aldea!

- BELT. (¡Solo de oírlo estoy dando diente con diente.)
HAZEM. (Bajando del fondo con Zelia y presentándose al conde.)
¿Qué vienes á buscar seguido de tanta gente armada?
CONDE. Mis gentes no han penetrado aquí. Harto os doy á entender
que no vengo como enemigo.)
HAZ. (Con desprecio.) ¿Y quién te ha dicho que ni tus gentes ni
tú pueden intimidarnos?
CONDE. ¡Insolente! (Hazem cruza los brazos y lo mira erguido.)
BELT. (Ay!)
ISABEL. (Cielos!) (A un tiempo.)
ZELIA. (Pasando vivamente al lado del Conde y cubriendo á Hazem.)
¿Qué vais á hacer? Quien quiera que seais... contentaos
con mirarnos vencidos. (El Conde se contiene al oírlo.)
ISAB. (¡Esa voz!)
ANDREA. (Es la mora que nos encontramos en la alquería.)
CONDE. (Grave y tranquilamente.) El vencido que se somete, encon-
trará siempre en mí proteccion y amistad. Nada temas, yo
le perdono su altanería. (Hazem, siempre con aire desdeno-
so, se retira al fondo lentamente.)
ZELIA. ¿Pensais permanecer en nuestra aldea?
CONDE. Voy á Baza; pero queriendo abreviar la jornada, me he in-
ternado en la sierra y necesito un guía que nos enseñe el
mejor camino.
ZELIA. (Llamándole.) Zamir.
ZAM. (Desde el segundo término y bruscamente.) Yo no conozco
bien la montaña.
HAZ. (Se adelanta un poco y le dice con acento imperioso.) ¡Zamir!
Busca un hombre que los acompañe... y cuenta con come-
ter la menor deslealtad. (Zamir se inclina y se va.)
CONDE. ¡Pronto sería castigada! (Pausa. Mira á Hazem y le dice en
tono grave, pero amistoso.) Sin embargo yo agradezco esa
nobleza.
HAZ. (Con nobleza.) Estás en mi aldea y te considero como mi
huésped.
BELT. (¡Si supiera quién es!)
CONDE. Así lo creo... (De pronto.) Y te daré de ello una prueba.
¿Cuál es tu morada?
ZELIA. Esta. (Señalando á su casa.)
CONDE. (A Isabel.) ¿Quieres descansar un poco, hija mía?
ZELIA. (A Isabel.) No faltan frutas que ofreceros.
ISAB. Prefiero esperar aquí.
ZELIA. Desconfiais...
CONDE. No, mil veces. Quiero que sepan en el país qué tratamos
como amigos á los que sois leales. Yo acepto vuestra ofer-
ta. (Da algunos pasos hácia la casa.) Isabel, Andrea y el Al-
ferez van á seguirlos. Nadie me siga. (A Hazem, que está
inmóvil junto á la puerta y observando con cierto interés al
Conde.) Guíame tú.

ISABEL. ¡Señor!

HAZ. (Imitando y mirando al Conde sorprendido.) ¡Qué! ¿Así te fias de mí?

CONDE. ¡Vive el cielo! ¡Yo solo desconfío de los cobardes!

HAZ. (Vivamente y reconciliado con el Conde, al oírle.) ¡Ah! Tú eres el primer enemigo à quien no aborrecí.

CONDE. Entremos. (El Conde y Hazem entran en la casa.)

ESCENA IX.

ISABEL, ANDREA, BELTRAN, ZELIA: el ALFEREZ llega al umbral y allí se detiene.

ISABEL. (Al Alferéz.) Seguidlos.

ZELIA. Nada temais, señora: vuestro padre hace justicia à nuestra nobleza. Venid, descansad en tanto llega el guia que habeis pedido. (La guia à un asiento de piedra que hay junto à la puerta.)

ANDREA. (En medio de la escena y aparte.) ¡Dios mio! cuando pienso que estamos entre infieles!... (Mira à Beltran, que tapándose la cara, está en el extremo izquierda del proscenio.)

DECIDME.

BELT. ¡Ay que vienel!

AND. (Acercándose à él.) ¿Hay muchas leguas de aquí à Baza?

BELT. (De repente y fingiendo la voz.) Karkasú, makakú...!

AND. (Asustada y separándose de él.) ¡Hay, qué jerga! Así debe hablar el demonio.

BELT. ¡Aquí la dueña, allí un escudero que me conoce, allá un Alferéz que no me quita ojo!—Yo me meto en esta tienda y no salgo hasta el dia del juicio. (Se entra en la primera tienda del mercado.)

AND. (Acercándose à Isabel y levantándole el velo.) Levantad vuestro velo: respirad un poco el aire de la mañana.

ZELIA. (A Isabel, reconociéndola.) ¡Como! ¿Sois vos, señora? vos, y no me lo deciais? Mal pagais el buen recuerdo que os conserva mi amistad.

ISABEL. ¡Oh, no! De aquí no me hubiera alejado sin que supieseis quien yo era, sin daros un adios... que será el postrero.

AND. ¡Por Dios, Isabel! (Se separa de ellas y va à observar à la puerta de la casa.)

ZELIA. ¡Qué abatimiento! ¡Qué amargura! Vuestros ojos están enrojecidos por el llanto!

ISABEL. ¡Sí, mucho he llorado!

ZELIA. ¡Vos... hace algunos dias tan feliz!

ISABEL. (En voz baja y mirando à todos lados, como queriendo tomar un partido.) ¡Ah! Si yo me atreviera...

ZELIA. (Vivamente.) No os comprendo. Hablad. ¿Dudais de mi afecto?

ISAB. No. Y la prueba es que vuestra presencia me ha inspirado el único recurso que en mi dolor me queda.

ZELIA. ¿Qué tardáis en confiaros á mi?

ISAB. Tenéis razon: los instantes pasan... Oh! Por mas extraño que os parezca el favor que voy á pedirlos, discúlpelo á vuestros ojos lo adverso de mi destino.

ZELIA. Mi amistad no es un nombre vano. Disponed de ella como gustéis.

ISAB. (*Suplicante y viendo antes si alguien la escucha.*) Pues bien: se trata de un mensaje que os ruego lleveis á un caballero que al anochecer vereis esperando detrás de la ermita que hay junto á mi alquería.

ZELIA. Continúad.

ISAB. (*Como antes.*) Le direis de mi parte, que la voluntad de mi padre me impone un esposo á quien mañana mismo debo dar en Baza mi mano. Que el temor de ser descubierta me ha impedido darte yo misma este aviso: pero que si me ama, si su pasion es verdadera como la mia, si no me ha engañado al asegurarme que era de noble sangre como yo, corra en seguida á Baza y á los pies de mi padre confiese nuestro cariño y obtenga nuestra union. Decidle, en fin, que soy muy desgraciada... (*Casi llorando*) y que en él fio mis esperanzas todas!

ZELIA. (*Compadecida.*) Ah, pobre jóven! Descuidad. Yo os prometo cumplir fielmente lo que me encargáis.

ISAB. Y cómo saber la respuesta? ¿Cómo calmar la ansiedad terrible en que vá á estar mi corazon?

ZELIA. Decid bien.—Y confiar á otro este secreto, sería una grave imprudencia. (*Resueltamente.*) Yo misma os llevaré la respuesta á Baza esta misma noche.

ISAB. ¡Vos! ¿Es posible?

ZELIA. ¿No creéis todavía que os amo sinceramente? ¿De qué modo os buscaré? ¿Cuál es allí vuestra morada?

ISAB. Oh, no! Vos no podeis... Escuchad: Mi dueña estará esperándoos á las puertas de la ciudad y los guiará cautelosamente...

ZELIA. No fallaré; vos, entretanto, evitad que vuestro padre intente apresurar este enlace.

AND. (*Viniendo vivamente de la puerta de la casa, lien donde se quedó vigilando.*) Mi señor vuelve.

ISAB. (*En voz baja y separándose vivamente de Zelia.*) ¡Adios!

ZELIA. (*Idem y separándose de Isabel.*) ¡Adios y confiad en mí.

AND. (*Pasando á la derecha de Isabel.*) ¿Qué conversacion ha sido esa?

ISAB. (*Vivamente y viendo salir á su padre.*) ¡Callad!

ZELIA. (*Yendo á salir.*) No os comprendo. ¡Hablad!

ESCENA X.

- DICHOS, el CONDE saliendo de la casa, HAZEM, el ALFEREZ en el fondo.
- CONDE. No olvidaré tu hospitalidad, ni tu ruda franqueza.
- HAZEM. Ni yo tu carácter noble y altivo.
- CONDE. Tal vez nos volveremos á ver algún día.
- HAZ. Como amigos... no es fácil; como adversarios... me envanecería el medir mi acero con el tuyo.
- CONDE. ¿Qué dices? (Con extrañeza.)
- HAZ. (Gravemente y señalando á un moro que aparece.) Ahí tienes el guía que esperabas. Quiero acompañarte hasta la entrada del camino.
- CONDE. (Después de mirar á Hazem un momento.) En marcha, señor Alferéz.
- ALFEREZ. (A los soldados que están en el fondo formando grupo.) ¡En marcha!
- CONDE. ¡Ven, hija mía! (Coge de la mano á Isabel.)
(Emprenden la marcha del modo siguiente. El guía delante, en seguida Hazem y después el Conde con Isabel, seguido de Zelia, Andrea, el Alferéz y los soldados. Al irse, Isabel y Zelia cruzan una mirada de inteligencia. Desaparecen. Cuando han salido de la escena, se ve á Zaide y á Zamir que vienen por una calle del fondo y que al llegar á la escena se detienen.)

ESCENA XI.

- ZAIDE, ZAMIR.
- ZAIDE. (á Zamir). ¿Dices que no inspiran recelo esos cristianos?
- ZAMIR. Ninguno; (Adelantándose.) Y en prueba de ello... (Acercándose á la puerta que dá al campo y señalando desde allí.) Mira. En este momento se alejan de la aldea. (Se queda mirando al exterior.)
- ZAIDE. (Que se adelanta y mira, exclama aparte con gran emoción.) ¡Gran Dios! (Pequeña pausa.) ¡No me engaño! ¡Es Isabel! Isabel, acompañada de escuderos y hombres de armas! Entra en una litera! Toman un camino opuesto al de su alquería! Ah! Todo lo adivino! La alejan de este país! La conducen á Baza para llevar á efecto esa fatal union! No, viven los cielos! Antes perezca yo mil veces! Antes no quede en Baza piedra sobre piedra.
- (Subiendo la escena y con acento resuelto.) ¡Zamir!
- ZAMIR. (Yiniendo al lado de Zaide.) Qué me quieres? (Con sorpresa.) Qué agitación te domina?
- ZAIDE. (Viva y resueltamente.) Zamir, hace un año te salvé la vida en los desfiladeros de esa sierra!

- ZAMIR. Sí! Luchando heroicamente y vertiendo tu sangre. *(Con resolución.)* ¿Qué exiges de mí?
- ZAIDE. Ciega obediencia, y profundo secreto!
- ZAMIR. Soy tu esclavo.
- ZAIDE. Pues bien. Monta al punto á caballo y corre á toda brida hasta dar vista á esos cristianos que aquí estaban: acecha todos sus pasos, síguelos á donde quiera que vayan... y vence todos los imposibles hasta conseguir hablar, sin ser visto, con la jóven que conducen en la litera
- ZAMIR. *(Con decisión.)* Así lo haré.
- ZAIDE. Dile que por un día tan solo se resista á la boda que la imponen, y que el hombre que en la vega le juró mil veces amor, mañana mismo la libertará de sus tiranos.
- ZAMIR. Tu voluntad es mi ley. Pero... mira bien lo que me exiges.
- ZAIDE. No te entiendo! *(En este momento Zelia sale por la puerta que da al campo sin ser vista.)*
- ZAMIR. Zaide! *(Con amargo acento.)* Eres tú quien la ama? *(Al oír estas palabras, Zelia se detiene en el fondo y escucha.)*
- ZAIDE. Sí! Yo la amo... Tanto como aborrezco á su raza! No sé á donde me arrastra esta pasión! Pero suceda lo que quiera ¡Zamir! me has prometido obediencia y sigilo.
- ZELIA. *(Agitada y desde el fondo, ap.)* ¿Qué oigo?
- ZAMIR. Piensa en nosotros, Zaide.
- ZAIDE. Nada temas. Ahora mas que nunca anhelo el combate y la victoria. Corre. Tranquiliza á mi bella cristiana...
- ZELIA. *(Ap. asombrada y oñigida.)* ¡Gran Dios!
- ZAIDE. *(A Zamir.)* Y ten presente que ignora mi nombre, mi religion y mi clase.
- ZAMIR. Entonces... este traje no le inspirará confianza alguna.
- ZAIDE. Busca un disfraz... y para que no dude de tus palabras, ten... Muéstrale este recuerdo que ella me dió hace pocas noches. *(Dándole la cruz del primer acto.)*
- ZAMIR. *(Tomándola.)* Una cruz de esmeraldas!
- ZELIA. *(Ap.)* Una cruz!
- ZAIDE. Ahora, mi leal amigo... Tú, en pos de la que amo! Yo, á luchar por nuestra santa causa! Sí! Esta misma noche llevaremos la guerra á Baza! La hora de nuestra libertad será tambien la de mi amor! *(Hace una seña á Zamir y este se vá.)*
- ZELIA. *(Ap.)* ¡Yo muero!
- ZAIDE. *(Subiendo la escena y en voz muy alta.)* A mí, habitantes de la aldea! Mis fieles hermanos! A mí, los valientes y leales! *(Durante la escena siguiente, Zelia, dominada por su dolor, queda abatida y llorando en el fondo, sin que nadie repare en ella.)*

ESCENA XII.

DICHOS, MULAK, que aparece en este momento, PUEBLO, HAZEM, BELTRAN.

MULAK. ¡Acudid! ¡La voz de Zaide nos llama! (El pueblo va acudiendo con interés por diversos lados. Beltran asoma la cabeza á la puerta de la tienda en donde se ocultó.)

BELTRAN. ¡Me había quedado dormido.)

ZAIDE. ¡Sí! ¡Mi voz que proclama la guerra! Que os anuncia que vamos á marchar al combate!

HAZ. (Saliendo por la izquierda.) ¡Zaide, bendígale el cielo!

BELT. (Con sorpresa y temor, y quedándose escuchando sin que le vean.) ¡(Qué oigo!

HAZ. (Al pueblo.) ¡Despedios de vuestras esposas y de vuestros hijos! dad la señal á los pueblos de la sierra! y á Baza pues!

TODOS. ¡A Baza!

MULAK. Cercadme todos. (Todos rodean con ansiedad á Mulak.) La feria que en estos días celebra la ciudad, nos permite entrar y salir por las puertas á todas horas. Unidos á los habitantes ocuparemos las plazas y las calles que rodean el palacio. Zaide penetrará en él, buscará al Conde... y con el grito de Baza es libre! nos anunciará que le ha quitado la vida.

BELT. (Ap. desde la tienda.) ¡Santo Dios!

MULAK. (Con saña.) Entonces... la tea en la mano, el acero en la otra...

ZAIDE. ¡A las armas!... ¡No perdamos un instante!

PUEBLO. ¡A las armas! (Todos echan á correr por las calles, suponiéndose que van á buscar sus armas. Quedan solo en escena Zelia, y Beltran escondido.)

BELT. ¡Cristo! Qué jollín se vá á armar! Escapemos!

ESCENA XIII.

ZELIA, HAZEM.

ZELIA. (Bajando desesperada al proscenio.) Ah, infeliz de mí, tan cruelmente engañada!—Es imposible que esto no sea un horrible sueño! Zaide perjuro?... (Con amargura.) Ah! sí! No hay duda! Pero... ¿Quién es esa cristiana á quien ama? (Con sumo dolor.) ¿Quién es la que mejor que yo, cautivó las miradas de tus ojos!! (Viendo á Hazem, que baja del fondo y corriendo á arrojarle en sus brazos, sollozando.) Ah, hermano mío! Hazem!!

HAZEM. (Muy sorprendido.) Qué tienes, Zelia?

ZELIA. Hazem! Tú que sabes cuanto yo le adoraba... Quitame la vida antes que me mate su desvío!

- HAZ.** Cómo! Qué dices? Hablas de Zaide, por ventura?
ZELIA. Zaide ama á otra! Lo he descubierto, ahora! aquí mismo!
HAZ. (Ap. y vivamente.) Oh! Mis temores no me engañaban! (A Zelia.) Habla! Conoces á tu rival!
ZELIA. No! Solo sé que ama á otra... (Llorando.) Y que yo' no puedo vivir sin él!
HAZ. (Con entereza.) Zelia! El que así te vende no merece una sola de esas lágrimas! (Con ternura.) No, Zelia mia! Aun vive tu hermano para vengarte!
ZELIA. Hazem! (Zaide sale por el fondo seguido de varios moros.)
HAZ. Sí! Para vengar tu cariño burlado! Para vengar mi amistad ultrajada!... (Ve desde lejos á Zaide.) Ah! El es! (Pasa enfurecido por delante de Zelia y llevando la mano á su puñal para acometer á Zaide, que hablando con los que le acompañan, nada advierte. Zelia exclama, deteniendo á Hazem por el brazo.)
ZELIA. No, por piedad!

MÚSICA.

ESCENA XIV.

ZAIDE, ZELIA, casi de rodillas: la cubre HAZEM, que tiene la mano en su puñal. El pueblo asoma y MULAK en el fondo con el estandarte moro en la mano exclama.

CANTO FINAL.

- MULAK.** (Desde el fondo.)
¡Dios desde el alto cielo
mirándonos está!
¡Luchemos como hermanos
por nuestra libertad!
CORO.
¡Luchemos como hermanos
por nuestra libertad!!
- HAZ.** (Conmovido y dudando.)
¡Como hermanos!
ZELIA. (Bajo á Hazem.)
¡Ah, perdónale!
ZAIDE. (Dirigiéndose á él.) Mi noble Hazem
ven á triunfar.
Ven, oh tú que á la patria juraste
alma, vida y valor consagrar!
HAZ. (Mirándole indeciso, levantando en seguida los ojos al cielo y soltando el puñal.)

¡Lo juré!

¡Sí.

¡Es verdad!

(Se adelanta al proscenio y exclama aparte con acento solemne y grave.)

(Por tí, mi noble tierra,

por tí, mi enojo calla:

el son de la batalla

retumba en torno ya!

(Lanzando una mirada de ternura y dolor á Zelia, que está desolada en el extremo izquierdo.)

¡Patria del alma mía!

¡Hoy de triunfar es día!

Mañana mi venganza

tremenda estallará!

ZAIDE. (A la derecha.)

¡Mi amor! ¡Mi noble tierra!

la lucha empieza ya!

del yugo que os oprime

mi brazo os librará!

ZELIA.

(Lo que juré al ingrato,

¡ay mi pasión fatal!

aunque el dolor me mate

cumplir mi honor sabrá!)

MULAK Y PUEBLO.

Por esta noble tierra

corramos á luchar.

El cielo la victoria

nos asegura ya!

MULAK.

(Con voz solemne desde el fondo.)

¡Protejanos Dios!

¡Su amparo implorad!

(Todos los personajes y el pueblo se ponen de rodillas, excepto Mulak que permanece en pie con la bandera en la mano. Momentos de religioso silencio. Se oyen dentro clarines. Todos se levantan y miran hácia la izquierda con alegría.)

ZAIDE.

¡De la sierra

los bravos acuden

á nuestra señal!

(Al sonar los clarines, las ventanas, azoteas, miradores y alturas todas se coronan de mujeres, ancianos y niños.)

CORO.

¡Gloria á Zaidel

¡Por él grande y libre

la patria será!

ZAIDE, HAZEM, MULAK, (En medio de los dos y con la bandera.)

¡Númen de la victoria!

¡Dios de la libertad!

¡De independencia y gloria

brille el instante ya!

CORO.

¡Númen de la victoria!

¡Dios de la libertad!

¡De independencia y gloria
brille el instante ya!

(Mulak agita la bandera, y todos sus armas. Mulak, Zaide, Hazem, Eamir y todos los moros armados, corren con entusiasmo hácia el campo. El pueblo, que llena las calles y que corona las alturas, las azoteas y las ventanas, los despide con aclamaciones y agitando los brazos, etc., etc. Cuadro de entusiasmo y de animacion general. Zelia se deja caer abatida sobre un banco de piedra.)

CAE EL TELON.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala pequeña en el palacio del conde. En primer término una puerta á la derecha, un ángulo con otra puerta que dá salida á un patio, y en seguida dos grandes ventanas de rejas. Por estas ventanas se vé el patio y parte de la galería del piso principal del palacio. En el fondo otra puerta. La escena está alumbrada por una gran lámpara que hay colgada en medio del techo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, el conde está sentado en un divan, y á su lado Isabel, pensativa y triste. A la derecha un grupo de esclavas en pie, excepto tres de ellas, sentadas en primera línea sobre almohadones y tocando la lira. Apenas el telon se ha levantado, cesan de tocar.

- CONDE. (A Isabel.) ¿No te agrada la música de estas esclavas?
ISABEL. (Melancólicamente.) Sí, padre mio.
CONDE. Yo la prefiero á sus rudos cantos montañeses, que nunca sonaron en mi oído sino mezclados con el rumor de las batallas. Ahora llegó tu vez, ¿no es así?
ISAB. ¿Cómo?
CONDE. ¿Olvidas que desde que partí para la guerra no he vuelto á oír mi canción favorita?
ISAB. Pero... en este momento...
CONDE. ¿Qué mejor ocasión?
ISAB. (Con impaciencia y temor.) ¡Y Andrea que no vuelvel!
CONDE. Ya escucho.
ISAB. ¡Sea, pues vos lo quereis! (Se levanta.)

CANTO.

- ISAB. A mi ventana
con blando arrullo
la dulce brisa
llamando está.
Dí qué me traes
entre tus alas,
brisa suave,

- responde ya.
ESCL. *(Imitando el eco de la brisa.)*
¡Ah, ah, ah!
ISAB. *(Como respondiendo á él.)*
¡Ah, ah, ah!
ESCL. ¡Ah, ah, ah!
ISAB. ¡¡Aaah!!
Del prado los aromas
traigo en mis leves alas!
el canto de los valles,
el eco de la mar;
y el son de mil suspiros
que en el espacio vagan,
y que por tí murmuran
con misterioso afán.

2.^a ESCENA PRIMERA

- Brisa que robas
su aroma al prado,
su son al río,
su arrullo al mar;
si entrar te dejo
por mi ventana,
cuando te alejes,
dime, ¿qué harás?
ESCL. *(Como antes, é inclinándose como escuchando á la brisa.)*
¡Ah, ah, ah!
ISAB. *(Como antes.)*
¡Ah, ah, ah!
ESCL. ¡Ah, ah, ah!
ISAB. ¡¡Aaah!!
Yo llevaré á los valles
en mis ligeras alas
tu aliento perfumado,
tu plácido cantar;
y el son de tus suspiros
en torno del que amas,
murmuraré suave,
esparciré fugaz.

HABLADO.

- CONDE. Gracias, Isabel. *(A las esclavas.)* Retiraos.
(Las esclavas saludan respetuosamente y se van por el fondo. El conde cruza la escena y se acerca á una de las ventanas de la derecha.)

¡Hermosa noche por mi vida! No me extrañaría que merced á ella, tu prometido llegase antes del alba.
ISAB. (¡Dios mío!)
CONDE. (*Bajando lentamente al proscenio.*) Con un tiempo sereno, las jornadas se hacen mas pron...
(*En este momento se abre con estrépito la puerta del ángulo derecho, frente al público y sale Andrea.*)

ESCENA II.

EL CONDE, ISABEL, ANDREA.

AND. (*Viendo al Conde y deteniéndose turbada.*) ¡El amo!
ISAB. (*Vivamente.*) (¡Es ella!) (*Pausa. El Conde se queda mirando con extrañeza á Andrea.*)
CONDE. ¿Qué es eso? ¿Por qué llegais tan agitada?
AND. (*Muy hipócritamente.*) ¿Yo, señor? ¡No lo creais!
CONDE. ¿De dónde venís?
ISAB. (¡Cielos!)
AND. (*Dudando.*) Del... de la capilla de rezar mi novena. Sino que me dá tanto miedo siempre que cruzo ese patio de noche...
CONDE. ¡Miedo! El sueño que turba vuestros sentidos.
AND. (*Con humildad.*) Bien podrá ser! (¡Ay, tener yo que mentir!)
CONDE. (*Con severidad.*) Dos horas sin dar razon de su persona...
ISAB. No la riñais.
(*Andrea pasa lentamente y con la cabeza baja por delante del Conde, que la mira severo.*)
CONDE. ¡Cuide ella mas de sus deberes!
AND. (*Al pasar dice aparte, muy bajito y muy de prisa, y marcando cada frase.*) Todo esto me pasa por ser yo dócil, por ser yo blanda, por ser yo débil, por ser yo....
CONDE. (*Que la oye murmurar.*) ¿Qué dice?
AND. (*Ya en el lado izquierdo del proscenio y con acento g maneras muy hipócritas.*) ¡Jesus! ¡Si no he despegado mis labios!
CONDE. Vea quién llega á la antecámara.
(*Andrea sube al fondo. Aparece el Alférez en la puerta, saluda y dice sin pasar del umbral.*)
ALF. El Alférez de guardia, señor Conde.
CONDE. Entrad. (*El Alférez entra dirigiéndose al Conde. Andrea baja al lado de Isabel, que la pregunta rápidamente y aparte.*)
ISAB. ¿La has visto?
AND. (*En voz baja y vivamente.*) Sí.
ALF. (*Al Conde.*) Vengo á deciros, que la feria ha terminado y que el pueblo se entrega en estos momentos á la fiesta.
CONDE. Bien está. Dejadlos gozar libremente, y no se cause molestia á los forasteros.

- ALF. Nunca acudieron á la ciudad mas gentes de la montaña.
CONDE. Eso prueba que nuestro buen proceder inspira mas confianza cada dia.
- ALF. Tal se ha creído, al ver que las principales danzas tienen lugar al pié de vuestros balcones.
CONDE. ¿Si? Justo será entonces asomarnos un breve instante, para que comprendan que estimamos su cortesia. Isabel, quiero que tu presencia los anime. *(Isabel y Andrea se miran como contrariadas.)* Vos, señor Alférez, dejad los centinelas de costumbre... y que la guarnicion se retire á descansar. *(Bajo y rápidamente á Isabel.)* Aquí os espero.
- AND. *(Acercándose á su hija y llevándola de la mano.)* ¿Vamos?
CONDE. ¡Qué impaciencia! *(El Conde é Isabel se van por la primera puerta derecha.)*
ISAB. *(Con cierto aire cómico de descontento y recelo.)* Por mas que se diga... yo sigo en mis trece, señora dueña. Vivimos entre muy mala gente... y lo mejor es no fiarse de su aparente sumision.
- AND. *(Sobresaltada.)* ¡Pues qué! ¿Temeis algo?
ALF. ¿Qué se yo? *(Misteriosamente.)* Hay quien asegura que muchos de esos montañeses traen armas ocultas debajo de su traje.
- AND. ¿Y por qué lo habeis llamado, hombre de Dios?
ALF. Porque el señor Conde me habria creído un visionario... ya que no un cobarde. *(En voz muy baja y lenta y misteriosamente.)* Andrea se acerca y escucha con gran atencion. Pero... lo que yo haré... será estar alerta; y al primero que se desmande... ¡zàs! *(Hace con la mano el ademán de cortar.)* Andrea dá un grito asustada cuando el Alférez dice: ¡zàs! ¡Cabeza abajo!
- AND. ¡Ave María Purísima!
ALF. Como lo oís. En esta tierra no estamos nunca seguros. *(Pausa.)* Buenas noches. *(De pronto y yéndose por el fondo.)*
- AND. ¡Jesus, y de qué mal agüero es este hombre! Ya basta para que yo no pueda cerrar los ojos. Y á todo esto la mora esperándo en el jardín que yo la conduzca á la presencia de Isabel. ¿Qué secretos hay entre las dos que yo no comprendo...? *(Se oye el ruido de una puerta que se cierra.)* ¡Ay! *(Asustada.)* Me pareció sentir... No.—Es el viento sin duda. ¡Maldito alférez! Por culpa suya voy á estar creyendo á cada instante que á lo mejor vá á entrar un moro por las puertas.....
- BELT. *(Saliendo con gran estrépito por la del fondo, corriendo y con el disfraz de moro del acto anterior.)* ¡Ya llegué!
- AND. ¡Ay! ¡A la guardia! ¡Socorro! *(Andrea corre despavorida.)* Beltran se asusta á su vez, y corre tambien. Por último, Andrea queda en el lado derecho de la escena y Beltran en el izquierdo.)

ESCENA III.

ANDREA, BELTRAN.

- BELT. (*Corriendo.*) ¡Si! ¡Que nos socorran á todos!
- AND. ¡Cielos! Esa voz...
- BELT. ¡Ay, mi señora Andrea!
- AND. (*Desde lejos y mirándole.*) ¡Qué veo! Un moro con la cara de Beltran!
- BELT. No. Es Beltran con la cara de moro.
- AND. ¡Misericordia! ¿Quién lo ha puesto así?
- BELT. (*Pasando á sentarse en el divan con muestras de cansancio.*) ¡Mis pecados! ¡Uf! (*Dejándose caer en el divan.*) ¡Tres leguas al escape!
- AND. ¡Y se sienta el muy descarado!.. (*Acercándose á él.*) ¡Decid, infame! ¡Decid, mal cristiano! ¿De dónde venís de ese modo?
- BELT. (*Levantándose de repente.*) ¡De los infiernos!
- AND. (*Retrocediendo.*) ¡Ay!
- BELT. (*¡Que no otra cosa es aquella maldita aldeá!*) (*Viniendo azorado al lado de Andrea.*) ¡Señora Andrea, ya podeis encomendar vuestra alma á Dios!
- AND. (*Asustada.*) ¿Qué decis?
- BELT. ¡Que como no andemos listos, nos vamos á quedar sin cabeza!
- AND. ¡Ánimas benditas!
- BELT. (*Inquieto.*) ¿En dónde está el amo? ¿En dónde está el señor Conde?
- AND. No os presentéis á él con ese traje.
- BELT. ¡Sí, bonita es la ocasion para andarse con etiquetas! (*La coge de la mano y la dice con acento sombrío.*) ¡Esta noche nos vendimian!
- AND. ¿Cómo?
- BELT. ¡Como lo oís! La cosa no se hará mucho esperar. ¿Pero dónde está el amo?
- AND. Ha ido á ver las danzas.
- BELT. Nosotros sí que vamos á danzar.
- AND. ¿A danzar?
- BELT. (*Queriendo irse.*) Dejadme buscar al señor Conde.
- AND. (*Deteniéndole.*) Pero acabad, ¿qué pasa?
- BELT. ¡Qué ha de pasar! Que vienen contra nosotros todos los moros de la sierra!
- AND. ¡Dios nos asista!
- BELT. (*Con triste acento.*) Figuraos qué desolacion!... Los cristianos seremos hechos trizas! ¡se llevarán á todas las cristianas!... No... (*La mira de pronto y dice con naturalidad:*) á vos os dejarán aquí.

- AND. ¡Buen consuelo... cuando no haya quedado piedra sobre piedra!
- BELT. ¡Sí... de esta hecha los moros concluyen con nosotros! (*En este momento el Conde é Isabel aparecen por la primera puerta derecha, y oyen las palabras de Beltran.*)
- ISABEL. (*Adelantándose.*) ¡Cielos!
- CONDE. (*Id. y con severidad.*) ¿Qué estás diciendo?
- BELT. (*Cae de rodillas.*) ¡Señor, perdona! (*Pausa.*)
- CONDE. (*Mirándole con extrañeza.*) ¿Qué traje es ese, miserable? ¿Por qué estás así vestido?
- BELT. Estoy así vestido, porque...
- CONDE. (*Vivamente.*) Levanta.
- BELT. (*Levantándose y hablando azorado.*) Básteos saber, señor, que á este disfraz le debo el haber descubierto la conjuración... que los moros han fraguado en la sierra.
- CONDE. (*Con extrañeza.*) ¡Una conjuración!
- BELT. Sí, señor; de acuerdo con los habitantes de la ciudad.
- CONDE. Imposible.
- BELT. No lo dudeis. A estas horas se habrán introducido en Baza centenares de enemigos, con el pretexto de asistir á la fiesta... en tanto que otro gran número de ellos espera en las inmediaciones el momento de la lucha...
- CONDE. (*Severamente.*) Piensa que si me engañas...
- BELT. (*Insistiendo.*) Si los acabo de ver yo mismo. Todo lo sé: ¡os lo juro! Oídme, por caridad! (*El Conde le presta mas atención.*) Uno de esos condenados debe penetrar en este palacio, llegar hasta donde vos esteis... y daros la muerte.
- ISABEL. (*Acercándose vivamente al Conde.*) ¡Ah, padre mio!
- AND. (*Afligida.*) ¡Señor!
- CONDE. (*Vivamente á las dos.*) Silencio! (*A Beltran.*) Continúa.
- BELT. En seguida debe asomarse á uno de vuestros balcones y gritar: «Baza es libre!» ¡Esta será la señal de que no existís... y entonces... empezará la degollina!
- AND. ¡Santo Dios... Santo fuerte!
- ISABEL. (*Al Conde.*) ¡Oh, no me separaré de vuestro lado!
- BELT. ¡Quién se pudiera meter en lo mas profundo de la tierra!...
- CONDE. ¡Así pagan mi clemencia! (*De pronto, viendo la aflicción de los otros.*) ¿Qué es esto? ¿Lágrimas? ¿Temores? ¡Vive el cielo!... yo existo todavía!... poseo el secreto de su traición... y ni un solo rebelde va á escapar esta noche con vida! (*A Beltran.*) (*Con imperio.*) ¡Llama á los oficiales de mi guardia!
- BELT. Corriendo. (*Echa á correr hácia el fondo.*)
- CONDE. (*Como antes.*) Espera.
- BELT. (*Viniendo corriendo del fondo.*) ¡Señor!
- CONDE. Llama también al capitán de mis arqueros.
- BELT. (*Echando á correr al fondo.*) ¡Ajá! Esto se va animando.
- CONDE. ¡No! Detente. (*Beltran vuelve corriendo.*) Yo mismo iré...

(A los tres en voz baja.) Mucho sigilo sobre todo. Que nuestros enemigos no sospechen que hemos descubierto su infame trama.

ISAB. ¿Pero qué intentais?

CONDE. Hacerles caer en el lazo que ellos me han tendido. ¡Ah! Que no me hablen esta vez de generosidad ni de clemencia, porque no la tendré con ninguno. (A Beltran.) ¡Al punto ensilla mi caballo!

BELT. (Yéndose y ap.) ¡Malo! ¡Esto es que vamos á correr!

ISAB. ¡Ah! ¡Vuestra existencia antes que todo!

CONDE. Tranquilízate, Isabel. Retírate á tu cuarto... (Pasándola á su derecha.) y nada temas por mí. Yo te aseguro...

ISAB. ¡Padre mío!

CONDE. (A Andrea.) ¡No os separeis de ella! (A las dos con energía.) ¡Pronto vereis cómo escarmiento para siempre á esos traidores! (Se va por el fondo. Pausa. Isabel en un lado y triste. Andrea en otro lado.)

ESCENA IV.

ANDREA, ISABEL.

AND. ¡Jesus! ¡Jesus! Cuando mas descuidada estaba una!...

ISAB. ¡Solo faltaba á mi corazón esta nueva inquietud!

AND. ¡Así provocan el terrible enojo de vuestro padre! Pobre del primero que se aventure... — ¡Ay, Virgen Santa!

ISAB. ¿Qué? (Volviendo la cabeza.)

AND. Y la mora que mandásteis conducir aquí?...

ISAB. (Y viniendo con inquietud al lado de Andrea.) ¡Es cierto! ¿Dónde está?

AND. En los jardines, espera que te espera. Si la llegan á ver...

ISAB. (Inquieta.) ¡Corre! No expongamos su libertad... y acaso su vida.

AND. ¿Aun quereis hablarla?

ISAB. No, no. Cuando mi padre pelagra no debo pensar... Vé! Dile que me es imposible recibirla... Que te confie á tí la respuesta que ha venido á traerme.

AND. ¿Una respuesta?

ISAB. Sí. Ya sabrás... Recomiéndale sobre todo que se vuelva al instante á su aldea.

AND. ¡Pero sin enterarla de lo que hay!

ISAB. ¡Oh! no. Eso sería peligroso. Ella además ignora quien es mi padre...

AND. Y tampoco sabe que este es el palacio del gobernador. Yo la introduje como me mandásteis por la puertecita que comunica con la casa del jard.nero...

ISAB. (Inpaciente.) Bien. Date prisa.

AND. Voy, voy volando... ¡Cielos! (Se dirige á la puerta del ángulo

derecho frente al público. Al llegar, la puerta se abre de par en par y aparece del lado afuera Zelia, que permanece sin entrar. Viene pálida, abatida y dominando su profundo pesar.)

ESCENA V.

DICHAS, ZELIA.

- ISAB. ¡Es ella!
- AND. ¿Cómo habeis llegado hasta aquí?
- ZELIA. (Con voz entrecortada y breve.) No lo sé. Ya me cansaba de esperar.
- ISAB. (A Andrea.) Sal. Observa si alguien puede sorprendernos,
- AND. (Aparte y yéndose por el fondo.) ¡Hum! Ya vuelven los misterios! (Vase.)
- ISAB. (Con afecto.) Gracias, Zelia; gracias por vuestra eficaz exactitud.—Pero... si supiérais... Me inquieta tanto el veros aquí...!
- ZELIA. (Algo sorprendida.) ¿No lo deseábais?
- ISAB. Sí. Mucho. Solo que... cierto incidente inesperado me hace temer... Además, la noche está muy avanzada y en vuestra aldea pueden echaros de menos.
- ZELIA. (Con pena.) A mí nadie me espera.
- ISAB. Dios mío! Qué pálida estais!
- ZELIA. No es nada. No os alarmeis.
- ISAB. Tal vez el cansancio... sentaos, amiga mía!
- ZELIA. (Con gratitud.) Ah! Nunca ese nombre sonó tan dulce en mi oído! Nunca como ahora necesito el consuelo de un sincero cariño!
- ISAB. Dudaís del mío?
- ZELIA. (Viva y sinceramente.) Oh! no.
- ISAB. ¿Qué os sucede?
- ZELIA. No lo acierto á explicar! Mi razon aturdida por un golpe cruel é inesperado... solo mantiene en mí una idea fija!... (Llevándose la mano á la frente.) fija aquí siempre!
- ISAB. Una idea?
- ZELIA. La de saber quién es la mujer... (Moderándose de pronto.) Perdonad; yo desvario. Hablemos de vos, del mensaje que me habiais encargado.
- ISAB. Qué! habeis podido ocuparos de ello, sufriendo como sufrís?
- ZELIA. Desgraciadamente nada hemos conseguido. El caballero para quien me disteis el mensaje no estaba en el sitio acostumbrado.—Le esperé en vano... y vengo á deciroslo.
- ISAB. (Algo pensativo.) No estaba!
- ZELIA. Pobre jóven! (Cogiéndole una mano.) Tambien vuestro valor desmaya! Vuestra esperanza muere!

- ISAB. No, amiga mía. Mi esperanza vive siempre... sobre todo desde esta tarde.
- ZELIA. ¿Sí?
- ISAB. *(En tono confidencial.)* Cuando ya nos hallábamos á alguna distancia de vuestra aldea, noté que un hombre á caballo y embozado hasta los ojos nos seguía constantemente.
- ZELIA. Vuestro amante quizá?
- ISAB. No. Un mensajero suyo.
- ZELIA. *(Algo impresionada.)* Un mensajero?
- ISAB. Al llegar á Baza y á las puertas de esta morada, el pueblo nos rodeó con su curiosidad de costumbre, y el desconocido aprovechando aquel momento murmuró á mi oído... «El vendrá á salvaros!» y desapareció dejando en mis manos...
- ZELIA. *(Cuya curiosidad y agitacion han ido creciendo.)* Acabad!
- ISAB. Una prenda que yo habia dado al que amo. Esta cruz de esmeraldas.
- ZELIA. Esa cruz! *(Con dolor y sorpresa. Hace esfuerzos por contenerse, y se la ve vacilar.)*
- ISAB. Qué teneis, Zelia! os poneis mala. Qué teneis?
- ZELIA. *(Despues de una pequeña pausa, mira á Isabel y la dice con amarga sonrisa.)* Envidia de veros tan dichosa!
- ISAB. *(Sorprendida.)* Envidia, Zelia? *(Con dulzura.)* Qué puede inspiraros tal sentimiento?
- ZELIA. *(Con dolor y amargura.)* Mi suerte despiadada!
- ISAB. Qué! Por ventura... aquel amor que os hacía tan feliz...
- ZELIA. Es mi tormento.
- ISAB. Pero... el hombre á quien lo consagrabais...
- ZELIA. Amá á otra!
- ISAB. Teneis una rival!!
- ZELIA. *(Al oír esto le lanza una veloz mirada iracunda. Enseguida la reprime y contesta secamente.)* Sí. *(Mirándola y animándose poco á poco.)* Una rival de quien yo, jugnete miserable del destino, llegué á ser la más íntima amiga! Una rival que me martiriza con su presencia, que me humilla con su hermosura, que me insulta con las ilusiones de su amor! una rival... que á no ser por lo que he jurado... *(Aumentando su ira.)* al mirarla cara á cara... *(Con gran fuerza.)* La mataría solo con el fuego de mis celos!
- ISAB. *(Conmovida y apiadada, y á media voz.)* ¡Zelia!
- ZELIA. *(Rompiendo en sollozos.)* ¡Ah... no... no es ella!... ¡yo soy la que debo morir! *(Pausa.)*
- ISAB. *(Cariñosamente.)* ¡Zelia, amiga mía!... ¡Oh, mucho debéis sufrir!... lo comprendo! *(Recordando con tristeza y hablando pausadamente y en voz baja.)* Yo también... estos dias... en mis horas de soledad... creyendo mi amor en el olvido... yo también he estado celosa!... *(Zelia la mira vivamente.)* No lo extrañeis. Hay un recuerdo que á pesar mio...

- constantemente me persigue y me inquieta.
- ZELIA. (*Despacio y muy admirada.*) ¿A vos?
- ISAB. Una noche... la última en que le ví... (*Zelia la va escuchando con gran interés y creciente emoción.*) Me habló de una mujer, de una compañera de su infancia...
- ZELIA. (*Muy vivamente.*) ¿Os habló de ella?
- ISAB. (*Lentamente.*) Sí. Me contó que la profesaba un sincero cariño, que un día, en fin, la hubiera hecho su esposa... á no haberme conocido á mí!
- ZELIA. (*Con gran ansiedad.*) ¿Qué estais diciendo?
- ISAB. ¡Jamás lo olvido! (*Se queda triste.*)
- ZELIA. (*Ap. y separándose de Isabel, dice muy agitada por la emoción y la alegría.*) Luego Zaide no me olvidaba! Luego, según le ha dicho... (*Alegre y vivamente.*) ¡Ah, no es que yo le era indiferente!... no es que ya no le inspiraba yo amor! no!... (*Con fuerza de ira y señalando á Isabel que no la mira.*) ¡Es que esta mujer me lo ha robado!
- ISAB. (*Prestando el oído hacia el fondo.*) Siento rumor en esos corredores. (*Sube al fondo.*) (*Bajando del fondo vivamente.*) ¡Si os sorprendiesen aquí... si os detuvieran!
- ZELIA. ¡Detenerme! ¡Oh, no; es fuerza que yo parta!
- ISAB. Y Andrea, que no acude á guiarnos...
- ZELIA. Yo misma buscaré la salida. (*Dirigiéndose á la puerta del ángulo derecho frente al público.*)
- ISAB. Pues bien: volveos al punto á vuestra aldea y sed dichosa!
- ZELIA. (*Desde la puerta y con voz solemne.*) ¡El cielo decidirá! (*Desaparece cerrando tras sí.*)
- ISAB. ¡Dios mío! ¡Si no acertara!... (*Dirigiéndose al fondo.*) ¡Andrea! ¡Andrea! (*Llamando.*)

ESCENA VI.

ISABEL, BELTRAN.

- BELTRAN. (*Saliendo.*) Esto se pone sério. (*Temblando.*)
- ISAB. Eres tú? ¿Qué traes?
- BELT. (*Desconcertado.*) No sé. Creo que mucho miedo.
- ISAB. Baja la voz. (*Si aun pudiera oírlo.*)
- BELT. (*Alarmado.*) Eh? (*Alto.*) Pues quién anda ahí!
- ISAB. Responde pronto. Y Andrea? No está en la antecámara?
- BELT. No, señora. Le pasará lo que á mí, que se me van las piernas y corro sin querer hace una hora.
- ISAB. Pues qué ocurre?
- BELT. Que nuestras tropas se han emboscado en la ciudad y que se deja entrar en este palacio á todos los moros que llegan... para cogerlos mejor en el garlito!
- ISAB. ¡Cielos!
- BELT. (*Dando una carrerita.*) Ay! Ya me dá otra vez! (*Temblando.*)

- ISAB. Y mi padre? Yo quiero verle!
- BELT. Me ha mandado decirnos que no salgais de vuestro cuarto!
Yo me voy á mi camaranchon...
- ISAB. (Con extrañeza.) Tú!...
- BELT. (De repente y en voz alta.) Por mis armas! (Temblando.)
- ISAB. Sígueme. Quiero ver á mi padre! Tú no te apartarás de su lado.
- BELT. (San Francisco! Y á su lado sacuden siempre mas fuerte!) *ap.*)
- ISAB. Apresúrate!
- BELT. Ea, Beltran! Los hombres son para las ocasiones!! Animo!!
Eso es lo que me falta. Valor! Energ...
- ISAB. (Dentro.) Vienes?
- BELT. Ay! (Dando un salto.) Dice que vienen!—No.—Ya os sigo
(Se vá.)

ESCENA VII.

ZELIA sola.

- ZELIA. (Saliendo por la puerta del ángulo derecho y mirando impaciente á todos lados.) No está! Y cómo hacer ahora?
He ballado la verja del patio cerrada... y me es imposible salir á los jardines. Dios mio! Yo aquí encerrada cuando el instante se acerca... Oh! Esa mujer fatal es la causa de todos mis tormentos. Si al menos encontrase á la dueña....
(Se dirige al fondo.) Dos hombres! (Retrocede.) Ah, qué impaciencia! (Se oculta en la puerta del ángulo izquierdo.)

ESCENA VIII.

ZAIDE, ZAMIR. — ZAMIR sale por el fondo con gran precaucion y mira á todos lados. En seguida aparece en el umbral Zaide, embozado en una capa.)

- ZAM. (En voz baja á Zaide.) Hemos llegado.
- ZAIDE. (Entrando y tambien en voz baja.) La fortuna nos protege, Zamir.
- ZAMIR. Ya lo ves. Nadie nos ha detenido á la puerta.
- ZAIDE. Los centinelas parecian dormidos.
- ZAM. Y en todo el palacio reina la mas completa calma.
- ZAIDE. (Lentamente.) Si. Una calma que casi me hace desconfiar.
- ZAM. (Sin avanzar al proscenio y señalando á la primera puerta derecha.) Aquella puerta es la que conduce á las habitaciones del gobernador. Piensa que el tiempo urge: que si tu señal tarda, los nuestros impacientes se lanzarán á la pelea.
- ZAIDE. ¡Déjame! (Vase Zamir.) (Pausa.)
- ZAIDE. (Se queda un momento pensativo.) No sé que emocion estraña me conmueve... y sin embargo, no es con el puñal del

asesino; sino con el acero del soldado y peleando cara á cara... como vengo á arrancar la vida al matador de mi padre. (Pausa.) Pero... el misterio, el silencio, los muros que me cercan!... (Con fuerza.) Ah, mis osadas correrías de la vega! Prefiero mil veces vuestros peligros, á esta fácil empresa que tiene todo el aspecto de una asechanza de traidores! Acabemos. De mí depende la libertad de un pueblo entero! Que el cielo me proteja! (Se dirige resueltamente á la primera puerta de la derecha. En este momento Zelia entrea-bre la del cuarto en donde está oculta, y dice desde allí aparte y mirando á Zaide que está de espaldas á ella.)

ZELIA. (Ap.) Me engañan mis ojos?

ZAIDE. (Allegar á la primera puerta derecha se detiene y dice.) Bajan por la escalera! (Se vuelve vivamente. Entonces Zelia le ve la cara.)

ZELIA. (Ap.) Zaide! (Zaide se queda observando en el ángulo que forma la habitacion á la derecha.)

ISAB. (Apareciendo en el umbral de la primera puerta derecha y hablando con el Alférez que la acompaña.) Sí. Me retiro mas tranquila. No os separeis de él.

ZAIDE. (Sorprendido.) Esa voz...

ALFEREZ. (A Isabel, en la puerta.) Os lo prometo.

ISAB. Dios os guarde. (El Alférez se vá.) (Sola.) Ah! Quiera el cielo que segun me ha dicho, nada suceda en fin esta noche. (Se dirige al centro.)

ZAIDE. (Ap.) Nol No hay duda!

ISAB. (Viéndole y retrocediendo.) Un embozado!

ZAIDE. (Dejando ver el rostro.) Isabell!

ISAB. Qué veol vos en este sitio! A estas horas!—Asi estimais mi fama!

ZAIDE. Isabel... explicaos... explicaos pronto... porque hay aquí un arcano que me aterra!

ISAB. ¿Un arcano?

ZAIDE. ¿Vos habitais en este palacio?

ISAB. Sí!

ZAIDE. Entonces... el Conde de Arcos, el Gobernador de Baza...

ISAB. Es mi padre.

ZAIDE. (Aterrado.) ¡Su padre!

ZELIA. (Ap. desde donde está.) ¡Justicia divina!

CANTO.—TERCETO.

ISABEL. (A Zaide, extrañando su gran turbacion.)

¿Qué es asombra?

¿Por qué tan turbado?

Aunque temo

de un padre el rigor,

(Carriñosa.) ¡ay! al veros

- de nuevo á mi lado,
su esperanza
recobra mi amor!
¡Desdichada fatal suerte mia!
¡Hora horrible de espanto y dolor! (Pausa.)
- ZAIDE. (Ap.)
- ISAB. (Afectuosamente)
- La noche que en la vega
por vez postrera os ví,
á vuestro amor esquivaba
sin yo quererlo ser.
Mi labio os engañó,
yo misma no creí
que vuestra ausencia fuera
la muerte para mí!
- A UN TIEMPO.
- ZAIDE. (Ap.)
- ZELIA. (Ap. desde la puerta.)
- ISAB.
- (El eco de su amor,
que llega dulce aquí,
celosa ardiente llama
está encendiendo en mí.)
- ¡Mi labio os engañó!
Yo misma no creí
que vuestra ausencia fuera
la muerte para mí!
- En mi padre
que tanto me adora,
debeis confiar.
- ZAIDE. (Asaltado del recuerdo del Conde.)
- ISAB.
- (¡Ab!)
¡Qué mas dicha
que vernos unidos!
¿No es verdad?
- ZAIDE. (Indeciso.)
- ISABEL. (Muy cariñosa.)
- ZAIDE.
- ISAB.
- VOCES.
- ISAB.
- ZAIDE.
- ZELIA.
- ZAIDE.
- ¡Isabel!
¿No es verdad?
¿Y soy yo quien tal dicha destruye?
No! su amor es primero. (Gran rumor dentro.)
¡Callad!
- (Del pueblo dentro) ¡Zaide!
(Aterrada.) ¡Rumor siniestro!
¡Mi sangre hiélase!
¡Ay, si á su patria llega á olvidar!
¡Valor! ¡Qué dudo?) (Corre hácia la primera puerta derecha.)

ISAB. (Siguiéndole.) ¿Adónde vais?
ZAIDE. (Al llegar al umbral, se detiene á la voz de Isabel, turbado é indeciso.) ¡Me es imposible!

VOCES (del pueblo dentro) «¡Zaide!»
Isabel vuelve á manifestar su miedo. Zaide, como tomando una resolución, se dirige á Isabel y le dice.)

ZAIDE. Si es cual el mio
grande tu amor,
sígueme! huyamos
de aquí los dos!
Seré esclavo de tu amor!!
¡Ven, huyamos!
¡Ven, mi amor!..
¡Ven, oh cara prenda mia!
por tí el mundo olvido yo.

ISAB. (Con extrañeza.) Ese lenguaje...
¡Ah! ¡quién creyera!... (Se separa de él.)

ZAIDE. (Con resolución la coge de la mano y va á llevársela.)
¡Ven, Isabel,
parlamos!

ZELIA. (Saliendo vivamente y presentándose en medio de los dos, con decisión.)
¡No!

ISAB. } (Sorprendidos y separándose.)

ZAIDE. } ¡Zelia!

ZELIA. (En medio.) ¡Zelia!

¡La misma soy!

(A Zaide, con energía y figurando que Isabel no la oye.)

De tus hermanos
la voz te llama.
Ya ruge fiera
la rebelion!
Salva á tu patria!
Llegó la hora!
¡Parte!

ZAIDE. (Dudando.) ¡Un momento!

ZELIA. (Con prontitud y energía.)
¡Parte!

ISAB. ¡Gran Dios!

ZELIA. (Ap. á Zaide.)

Aunque ves que de pena me muero,
no te importe mi fiero dolor!
Parte al punto! salvar es primero
tu vida,
tu gloria,
tu patria y tu amor!

ZAIDE. *(Ap. y conmovido.)*
¡Ah mis fieles,
mis pobres hermanos!
Perdonadme
si ciego de amor,
á los piés de Isabel olvidaba
mi vida, mi patria
mi gloria y mi honor.

ISAB. Qué misterio?
fatal hoy destruye
la esperanza
feliz de mi amor?
Ab! No importa!
salvar es primero
mi fama» mi dicha,
mi gloria y mi honor!

(CESA LA MÚSICA.)

(Zaide se va precipitadamente por la derecha.)

HABLADO.

ISAB. Se aleja! Y vos que os llamabais mi amiga... Acabad! Quién es ese hombre que ha despertado mis recelos?
ZELIA. Ese hombre es Zaide! El caudillo de los moros de la sierra.
ISAB. ¡Zaide! *(Con horror.)*
ZELIA. *(Con ironía.)* Ese es vuestro amante!
ISAB. Mi amante! *(Con dignidad.)* Un enemigo de mi Dios y de mi patria! Jamás!
VOCES *(Dentro de:)* Baza! Baza!
ZELIA. Oid! oid el pueblo que ruge como el mar embravecido! *(Resplandores rojos.)* Mirad el resplandor del incendio! La hora de nuestra libertad ha llegado!
ISAB. No, sino la de vuestra ruina!
ZELIA. *(Con ansiedad.)* ¿Qué decís?
ISAB. Que habían descubierto vuestro plan y que ese hombre está perdido!
ZELIA. Ah! *(Corriendo á la puerta primera derecha que no puede abrir.)*
ISAB. *(Yendo á escuchar al fondo.)* Dios mio! Ese choque de armas...
ZELIA. *(Empujando la puerta.)* Han cerrado esta puerta!
ISAB. *(Bajando del fondo.)* Es imposible salir de aquí! *(Aterrada.)*

- ZELIA. (Con entereza.) Pues bien. Yo sin Zaide no quiero la vida. Aquí moriremos entrambas!
- ISAB. (Corriendo aterrada.) Socorro! soco... (Vacila junto al divan.)
- ZELIA. (Contemplándola conmovida.) ¡Vacila! Va á perecer.—¡Y yo acaso podría salvarla! (Con fuerza y resolucion.) ¡Ab! ¡Dios mio! ¡Yo tambien sé perdonar! (Corre á donde está Isabel y la levanta resueltamente.) ¡Alienta! Ven... y el cielo nos proteja!

Las dos asidas de la mano se dirigen corriendo á la puerta del fondo. Al llegar al centro de la escena, los muros del fondo y los laterales caen en ruinas y devorados por las llamas. Música en la orquesta. Zelia é Isabel dan un grito de horror. Zelia sostiene á Isabel y retrocede con ella hasta el proscenio izquierda. Al caer los muros y al toque de clarines se ve la ciudad, cuyos principales edificios devora el incendio y en cuyas calles combaten los moros con los soldados del Conde. Unos escalan los fuertes, otros pelean entre el incendio, etc. Al rumor de las armas se mezcla el toque de los clarines y los gritos de guerra. Mulak, con una tea encendida en una mano y la bandera en la otra, está sobre unas ruinas animando al pueblo. Este cuadro dura lo que la música que toca la orquesta.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un amenísimo paisaje en la huerta de Baza, á la caída de la tarde. En primer término, á la derecha, la entrada de una choza, formada de ramas. A la puerta y sujeta por los extremos, á tres ó cuatro arboles, una manta árabe que sirve de toldo. A la izquierda en primer término y dando frente al público, una poterna, cuya puerta, claveteada de hierro, tiene un pequeño postigo. Esta poterna está unida al cuerpo de un viejo castillo cuyas torres asoman por el segundo término del mismo lado, entre plantas y árboles. Desde el segundo término, el tercero se va elevando hasta formaren la mitad de la escena una especie de ribazo. En seguida el terreno desciende y se estiende, figurando las huertas. En los últimos términos de la decoración se vé una larga cadena de montañas. La parte del segundo término derecha representa una espesura de árboles y palmeras.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, la orquesta ejecuta algunos compases. Durante ellos, se vé á Zaide recostado en tierra en segundo término izquierda y al pié del torreón. A su lado y por entre la espesura, asoma la cabeza de su caballo cuyas riendas están atadas al tronco de una palmera y al lado de Zaide que parece dormido. A la derecha del público y junto á la choza, hay un hombre vuelto de espaldas á Zaide y cortando leña de un árbol. A su lado tiene reunidos varios troncos y ramas para formar una haz. Terminados los breves compases de la orquesta, el Leñador canta con acento monótono y casi á media voz, al mismo tiempo que trabaja, la siguiente copla:

LEÑADOR. «Derrotado y perseguido»
«por las sierras huye Zaide»
«sin parciales que le sigan,»
«sin amigos que lo amparen.»

ZAIDE. (Que al oír su nombre ha levantado un poco la cabeza y se ha quedado escuchando con atención.) Dice bien el romance!

LEÑAD. (Volviendo la cabeza y continuando su frase.) Calle! No duermes?

ZAIDE. La fatiga me desvela.

LEÑADOR. O lo duro de esas piedras. Aunque si eres soldado, como todo lo indica, no debes estrofiar la cama. (Sigue cortando leña.)

- ZAIDE. (*Casi sentado.*) Dónde aprendisteis esa canción?
LEÑAD. Rara pregunta desde la derrota de Baza no se canta otra cosa por este país.
- ZAIDE. (*Triste y pensativo.*) Terrible noche!
LEÑAD. (*Suspendiendo su trabajo y volviéndose para hablar con Zaide, aunque sin separarse del sitio en que se halla.*) Muy terrible! Desde ese ribazo se veían las llamas del incendio. —Yo entonces dije á mi mujer... «Allí combaten nuestros hermanos, y allí debo yo estar!»... La abracé; besé á mis dos hijos, y con el alfange desnudo entré en Baza y me lancé á la pelea. Como siempre, los cristianos vencieron! (*Con acento sombrío.*) Está escrito! (*Mirando al cielo.*) (*Zaide se ha ido levantando.*)
- ZAIDE. Sí! Dios nos abandona!
LEÑAD. (*Viendo á Hazem que sale pausadamente por la derecha.*) Hola! Según veo, tu camarada no puede tampoco dormir. Mejor es. Aquí correis gran peligro con esos trajes de guerra.
- HAZEM. Qué dices?
LEÑAD. La verdad. Los cristianos han invadido estos campos.... se han apoderado de la huerta y han hecho cautivos á sus moradores! Desde ayer no se oye en dos leguas á la redonda, mas que gemidos, y voces que imploran compasión. ¿Qué os detuvo en este paraje?
- ZAIDE. Mi caballo no podía caminar y el suyo quedó muerto de fatiga.
LEÑAD. (*Mirándolos.*) ¿Sois quizás de los que bajaron de la sierra?
ZAIDE. Sí.
LEÑAD. ¿Con Zaide?
ZAIDE. (*Secamente.*) Sí.
LEÑAD. Su cabeza está á precio.
ZAIDE. Lo sé.
LEÑAD. Ha perdido hasta la mujer que amaba.
ZAIDE. (*Dejando escapar su dolor.*) Zelia!
LEÑAD. La conociste?
HAZ. (*Interponiéndose.*) Por... la fama de su hermosura.
LEÑAD. Pues no falta quien diga que Zaide la olvidó por una cristiana.
- ZAIDE. (*Ap.*) Cielos! (*Lentamente.*)
HAZ. (*Después de mirar con intención á Zaide.*) Lo calumnian sin duda.
- LEÑAD. Tal creo yo. Porque engañar á la que por él mostró en Baza tanto heroísmo...
HAZ. (*Vivamente.*) Qué! Tú también sabes...
LEÑAD. (*Con entusiasmo.*) Por mi nombre! Zaide, lanzado del caballo, cayó aturdido en tierra... Su enemigo le asesta con el hacha; y al descargar el terrible golpe, suena un grito, Zelia aparece, se abraza fuertemente al feroz contrario que

- se detiene asombrado... y Zaide recobra su libertad y su vida! (*Gesto de dolor de Zaide aparte y cubriéndose el rostro con la mano.*)
- HAZ. (*Con amargura.*) Sí! Pero en cambio....
- LEÑAD. (*Continuando.*) En cambio la pobre jóven desapareció desde entonces, y hasta se asegura que pereció en aquella confusión horrible! Sí (*Preparando el haz.*) Zaide la engañaba... debe sentir un gran remordimiento. (*Echándose el haz á cuestias y reparando en Zaide que se ha puesto muy conmovido.*) Calle! Qué palidez!
- HAZ. El cansancio... La impaciencia....
- LEÑAD. Entra en mi choza... duerme un poco y recobrarás tus fuerzas. Pero que no os vean desde ese castillo. (*A Hazem.*) Oculta tú el caballo entre aquellas espesuras, y en cuanto llegue la noche... huid, ó sois perdidos. (*Yéndose.*) Alá os guarde, mancebos.
- HAZ. El te proteja. (*El Leñador desaparece.*)

ESCENA II.

ZAIDE, HAZEM.

- ZAIDE. Hazem! Sálvate tú!
- HAZ. No, Zaide. No es ese el término de tu destino y el mío.
- ZAIDE. Acaba entonces con mi vida! Venga á la pobre mártir de mi fatal locura!
- HAZ. Tarde cayó la venda de tus ojos!
- ZAIDE. Por eso no espero ya mas que tu venganza.
- HAZ. Yo la he jurado, Zaide—Pero... (*Conmovido y cogiéndole una mano.*) Debo cumplir mi juramento, cuando la misma noche en que Zelia lloraba tu abandono sacrificaba por la tuya su vida? Debo cumplirlo, cuando, si la infeliz no existe, habrá muerto enviándote su amor y su perdón!
- ZAIDE. (*Muy conmovido.*) Ella!
- HAZ. (*Vicemente.*) Ah! Si lo dudas, es que tú no has sabido conocerla!
- ZAIDE. Hazem! Solo con mi sangre puedo pagar tantos sacrificios! Pero... aun falta intentar el último recurso para buscar á tu hermana. Abrámonos paso con el acero por entre los enemigos que ocupan las entradas de la sierra... y el que de los dos quedé con vida....
- HAZ. (*Deteniéndole.*) Adónde vas? Tu valor te engaña... Apenas puedes sostenerte. Déjame tu caballo y no salgas de esa choza, hasta que yo vuelva.
- ZAIDE. Cómo! Qué dices?
- HAZ. Basta de empeños temerarios. Yo llegaré hasta la huerta... veré si el paso de la sierra está libre... y entonces fácil

nos será emprender el camino de la Aldea y saber si Zelia está allí...

ZAIDE. Pero... dejarte solo...

HAZ. Yo evitaré todo peligro. Vê, reposa tranquilo... y nada temas por mí. (*Zaide entra en la choza.*)

HAZ. (*Mira al fondo.*) Gente se acerca. (*Desatando vivamente el caballo.*) Pronto. Por esa cañada bajaré sin ser visto.

ESCENA III.

Música en la orquesta.

ISABEL, ANDREA, EL ALFEREZ.

Después que Hazem ha partido, se vé salir por el sendero del fondo á Isabel, vestida de hombre y con tabardo ó capa. A alguna distancia de ella vienen Andrea y el Alferéz. Todos caminan lentamente.

CANTO.

SA BEL. (*Deteniéndose en el centro de la escena.*)

Tranquila y corta
fué la jornada.
¿Llegamos ya?

ALFEREZ. }
ANDREA. } Llegamos ya.

ISAB. (*Ap. y adelantándose un poco.*)

Perdona, oh cielos!
si tan osada
un deber santo
vengo á llenar!

ALF. } (*Que han estado mirando á un lado y otro.*)
AND. }

No asoma nadie, no se oye nada.
Qué silenciosa la tarde está!

ISAB. (*Ap.*)

Serena tarde,
tranquilo valle umbrío,
guardad silencio
aunque suspire yo!
No me acobarde
vagando en torno mio,
eco ninguno
de llanto ni de amor!

Con calma pura,
con fé segura,
yo de mí propia
sabré triunfar!
Del mismo cáliz
de mi amargura
saldrá el consuelo
de tanto mal!

Serena tarde,
floresta umbría!
Tan dulce calma
valor me dá!

(Cesa la música.)

HABLADO.

ALF. (Viniendo cerca de Isabel.) Este es el castillo, señora, y esa la poterna.

ISAB. Llamad.

AND. (Ap.) Dios nos saque con bien de esta... Ay! (Asustada del aldabonazo que dá el Alferéz.)

ALF. (Volviendo la cara.) Qué es eso?

AND. Cref que el castillo se venia abajo.

ALF. (Aplica el oido á la cerradura.)

ISAB. Oís algo?

ALF. Siento pisadas.

BELT. (Asomando por el ventanillo y con voz fuerte y breve.) Quién? (Al verlo Isabel y Andrea, se retiran para no ser descubiertas. El Alferéz se emboza vivamente.)

ISAB. } (Ap.) Beltran!

AND. }

ISAB. (Ap.) ¡Qué contratiempo!

AND. (Si nos conoce no nos abre!)

BELT. (Mirando al Alferéz embozado y gritando mas fuerte.) ¡Quién!

ALF. ¡Yo!

BELT. Muy señor mio. Y qué busca mi señor don... yo?

ALF. (Bruscamente.) Somos tres caminantes que venimos de muy lejos. Dadnos un albergue.

BELT. (Can sorna.) Pues ya se vé que sí! Sobre todo, pidiéndolo con esa amabilidad! (De pronto y enfadado.) Id muy enhoramala! (Entrase y cierra dando un portazo.)

ALF. Hase visto mayor imbécil?

BELT. (Vivamente asomando.) El imbécil lo será él! (Entrase y tierra como antes.)

- AND. Ay! Si le pudiera sacar los ojos!
BELT. (*Asomando de nuevo.*) Sácate los tuyos, lechuzal! (*Éntrase y cierra dando un portazo.*)
- ALF. Qué hacemos estando ahí ese necio? (*Viniendo al centro de la escena.*)
- ISAB. Descubrirnos á él.
AND. Por Dios, no lo intenteis siquiera! Le conozco bien. Lo primero que haria es revelárselo todo al Conde y entonces... pobres de nosotros!
- ISAB. No temais, mis fieles amigos. No os espondré á las iras de mi padre! Pero... tampoco abandonaré á la que he jurado salvar.
- AND. Y vos que ayer mismo la creiais en su aldea libre y tranquila... En mal hora os contaron... Pensad que si alguno os descubriera...
- ISAB. Mi disfraz me ha servido para salir de Baza sin ser conocida.
AND. Y si vuestro padre, ausente desde aquella terrible noche, volviese de pronto á la ciudad...
- ISAB. Te he dicho que nada me arredra.
ALF. (*Ya tendrá mi aviso y acaso no esté lejos de aquí.*)
AND. No digo bien, señor Alférez?
ALF. No tal. El señor Conde no volverá á Baza hasta que no deje sometido todo el país. (*Marcha lejano de caballeria.*)
- ISAB. No escuchais?
ALF. (*Asomándose al ribazo.*) Tropas nuestras, que vienen de la sierra. Convendría alejarnos por si pasaran por aquí.
- ISAB. Sí. Pero en seguida... Estoy resuelta. Yo misma me descubriré á Beltran.
- AND. Dios sea con nosotros.
ALF. (*Ap.*) Para entonces ya habrá llegado el Conde. (*A Isabel.*) Venid. En ese olivar vecino podremos...
- ISAB. No. Esperad. Mejor es en esa cabaña.
ALF. Como gustéis. Seguidme. (*Se dirigen á la choza. El Alférez empuja la puerta, y al poner el pié dentro, se detiene, mirando al interior con inquietud.*)
- ISAB. Qué os detiene?
ALF. (*Llevando la mano á la espada y mirando siempre dentro.*) Por Santiago mi patron... (*De pronto retrocediendo y tirando de la espada, dice á Isabel.*) ¡Haceos atrás!
- ISAB. | Oh!
AND. | ¡Cielos! | (*A un tiempo sobrecogidas y retirándose al fondo.*)

ESCENA IV.

DICHOS, ZAIDE con el alfange en la mano.

- ZAIDE. (*Apareciéndose á la puerta.*) Antes he de morir que entregarme!
ISAB. (*Reconociéndole.*) Gran Dios!

- ALF. Seas quien fueres te entregarás, porque no hay un solo sendero que no ocupen nuestros soldados! (*Con imperio.*) Rinde tus armas!
- ISAB. (*Presentándose embozada.*) ¡No!
- ALF. Qué decís?
- ISAB. (*Bajo al Alférez.*) Silencio. Yo lo exijo.
- ALF. (*Ap.*) Voto á... ¡Qué lástima! (*Mirando de soslayo á Zaida.*) Una proporcion tan buena... (*A Zaida al mismo tiempo que envaina de mala gana su espada.*) Vé á que te maten en otra parte. Aquí me privan de ese gusto.
- ISAB. (*Bajo y vivamente al Alférez.*) Basta.
- ZAIDE. (*Que envaina tambien su alfange y se dirige á Isabel.*) El cielo te premie el haberme conservado la libertad.
- ISAB. (*Con el brazo le hace seña de que se vaya.*)
- ZAIDE. Qué! Rechazas mi gratitud, porque me ves proscrito y desgraciado? No por eso será menor tu generosidad ni la deuda que hácia tí he contraido.—¿Puedo saber tu nombre?
- ISAB. No.
- ZAIDE. Y... no podré pagarte nunca la merced que me has hecho?
- ISAB. Sí.
- ZAIDE. (*Vivamente.*) Sí? De qué modo? Habla y yo te juro...
- ISAB. (*Con dignidad y siempre cubriéndose el rostro.*) Juradme devolver á la pobre jóven á quien amasteis desde la infancia el cariño que le robó vuestro loco estravio! Juradme en cambio de tanto como ha sufrido por vos, su alegría y su felicidad.
- ZAIDE. (*Que ha escuchado con cierto asombro y sorpresa.*) Sí! Te lo juro! Mi corazon lo anhela! Pero... tú que conoces mi secreto... quién eres, que así me conmueve el eco de tu voz? (*Agitado.*)
- ISAB. Soy... quien viene á libertar á Zelia!
- ZAIDE. (*Con asan.*) A Zelia?
- ISAB. (*Vivamente y señalando el castillo.*) Que está ahí! Llorando su infortunio en una prision!
- ZAIDE. Ella! Ella! Vive!
- ISAB. (*En voz muy baja.*) Silencio! Antes que cierre la noche, la esperareis en ese bosque de palmeras. Ved si podeis con ella ganar el camino de vuestra aldea.
- ZAIDE. Lo haré... aunque me amenazáran mil peligros! Pero.... (*Siempre mirando á Isabel y queriendo conocerla.*) ó es una ofuscacion de mi mente... ó vuestro acento, vuestras mismas palabras... (*Isabel manifiesta inquietud. Zaida se acerca mas y esclama de pronto como si la hubiese conocido.*) Ah! No! Descubrios!
- ISAB. Partid! (*Con resolucion volviéndole un poco la espalda.*)
- ZAIDE. (*Con fuerza.*) Descubrios, señora, siquiera para perdonar...
- ALF. (*Desde el fondo.*) Gente llega!
- ISAB. Alejaos. (*A Zaida.*)

ALF. (Ap.) El Conde! Ya era tiempo!
ZAIDE. ¿Cómo imitar tanta nobleza?
ISAB. Cumpliendo vuestro juramento!
ZAIDE. ¡Ah! Yo lo cumpliré. (Zaide se va vivamente por la derecha.)
(Isabel yéndose por el fondo, seguida del Alférez y Andrea.)

ESCENA V.

Se ve cruzar por el fondo y misteriosamente al Conde, seguido de dos escuderos. Uno de ellos señala al sitio por donde se ha ido Isabel. El Conde desaparece con los escuderos en la misma dirección.

ESCENA VI.

BELTRAN, CUATRO BALLESTEROS, despues ZELIA.

BELT. (Saliedo por la poterna.) Soldados! Firmes! (Ap.) Qué bueno es esto de mandar... así: lo que á uno le dá la ganál (A los ballesteros.) No me dejes salir á ningun prisionero. Si tienen calor, que se ahognen. A bien que son moros y al fin han de parar en los infiernos. (Como quien manda el ejercicio.) Cara terrible á los cautivos... y la vista gorda á las cautivas! Fen!... (Les vuelve la espalda.) Esto es lo que se llama un carcelero inflexible! Bien hizo mi amo en confiarme las llaves de este castillo... inexpugnable, que se está cayendo de viejo. (De pronto á los ballesteros.) Repito que á nadie; lo entendeis? Aunque os lo pidan de rodi... (En este momento se vé á Zelia que con ademan resignado y humilde, aparece del lado adentro de la poterna, quedándose allí inmóvil. Beltran para disimular su emociion y mostrar entereza, tose fuerte.) Ejem! (Ap.) Esta es la que dá al traste conmigo! (Muy enfadado y de pronto á los ballesteros.) Dejadla salir! No he dicho que á nadie? (Vuelve la espalda murmurando entre dientes como quien está enojado. Zelia se adelanta lentamente y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Al pasar junto á Beltron este dice.)

BELT. Fum! Bonito genio tengo yo! (A los ballesteros.) Colocaos por ese lado. (Señalando al fondo) y cerrad el paso como si fuerais dos cerrojos. (Los cuatro ballesteros se van por el fondo y desaparecen en distintas direcciones. Zelia permanece triste y silenciosa en medio de la escena.) (Ap.) Hoy parece mas tranquila. (Se acerca á ella y le dice con suma dulzura.) Estás ya contenta, estrella de oriente? (Aparte y muy vivo.) Ay que me ablando! (Alto y con tono muy áspero.) Estás ya contenta?

ZELIA. Te agradezco el que me dejes respirar aquí libremente.

BELT. (Con mal humor fingido.) Pues esta vez será la última!

ZELIA. (Con dulce resignacion.) Lo será.

- BELT. (Ap.) Verdugo! Hin! (Mirándose con cierto horror á si mismo.)
ZELIA. Daré un adios á esas alegres sierras... Lejanas como mis esperanzas! Ya veo que todo acabó para mí!
- BELT. (Haciendo pucheros.) No! Tú saldrás siempre que te dé la gana! (Movimiento negativo de Zelia.) Te digo que sí! (Enfadado y llorando.) Y no hay que suplicarme! Pues bonito genio tengo yo!
- ZELIA. No, pobre amigo. Tu deber te manda ser inflexible y severo... y yo no debo abusar de tu buen corazon.
- BELT. Abusa! (Enternecido aun.) Abusa como si fuera tuyo! Tú sabes muy bien que... (Zelia se separa de él lentamente y va á sentarse sobre un banco de piedra que hay delante de la caña.) Pues! lo de siempre. En cuanto quiero hablarle de amor, hace como ahora. No lo dije? Ya se envolvió en su alquicel, y buenas noches. No hay quien le saque una palabra! Pobrecilla! Creo que suspira! (Va de puntillas y se coloca detrás del árbol á cuyo pié está reclinada Zelia.)

MUSICA.

ESCENA VII.

DICHOS, MOROS Y MORAS. —ZAMIR.

(Aparece en la poterna un grupo de moros y moras mirando con precaucion y que cantan muy piano lo siguiente.)

CORO.

EL GRUPO. (En el umbral: sin salir.)

Quedito!

Quedito!

Avancemos pasito á pasito!

Así! (Sacando un pié á la escena con precau-

Así! (Sacando el otro.) (cion.)

Escapemos al punto de aquí.

(Dan vivamente unos cuantos pasos y se separan vivamente de la poterna.)

OTRO GRUPO. (Igual apareciendo lo mismo y sin salir.)

Quedito!

Quedito!

Avancemos pasito á pasito!

Así! (Sacando un pié.)

Así! (Sacando otro.)

Escapemos al punto de aquí.

(Los dos grupos se unen é indican marcharse hácia el fondo.)

TODOS.

Quedito!

Quedito!

Bajito!

Así...

Escapemos (Dando un paso.)

Escapemos... (Dando otro.)

Escapemos al punto de aquí.

(Van á irse corriendo. Beltran se vuelve, los vé y les cierra el paso.)

BELTRAN. Ay que se van! A mí!
soldados! Voto va al Cid!
todos atrás!

(Los ballesteros acuden.)

MOROS Y MORAS (Retrocediendo.)

Tened piedad!

BELTRAN. Todos atrás!

MOROS. (Ap. á las moras.)

Con mil cariños
almibarados
ved si su enojo
podeis calmar.

(Las Moras responden por señas que lo harán. Zelía se ha descubierto y mira sin moverse, con profunda pena.)

BELTRAN. (En medio mirando á los Moros.)

Qué caras tienen
los condenados!

(Mirando á las Moras que se dirigen graciosamente á él.)

Las condenadas
me gustan mas!

(Las Moras le rodean muy cariñosas. La mitad de los Moros se colocan á la derecha y la otra mitad á la izquierda de las Moras, prestando el oido con interés para saber lo que ellas van á decir á Beltran. Zamir, junto á la poterna, está con los brazos cruzados y pensativo. Los ballesteros cierran el fondo.)

PRIMERA ESTROFA.

LAS MORAS (á Beltran muy afectuosas.)

Moritas gemir, gemir!

Moritas llorar, llorar!

Cristiano, ser bueno tú,

y danos la libertad!

(Muy dulcemente, mirándolo con cariño, y acercándose mas á él. Los Moros se mueven inquietos y celosos.)

Zalamala,

Zalamala

tú ser gentil!

tú ser galan!

BELT. (*Halagando á la vez á ellas*)

Zalamalá	}	Zalamalá!
Zalamalá ¡ay!		Zalamalá!
Qué zalameras		Morita, mucho
Conmigo están!		que te querrá!

BELTRAN, MOROS Y MORAS. (*á la vez y mas vivo.*)

BELT. (*Entusiasmado á las caricias de las Moras y sin reparar en los otros.*)

Yo no sé! Yo no sé,
que me dá! que me dá!
Pierdo pié! Pierdo pié!
Voy á resbalar.

MORAS. (*Contestando á los Moros enfadadas y aparte, de modo que se figura que ellos y ellas riñen por lo bajo, en cómico.*)

Quita tú, quita tú!
vete allá! vete allá!
Por qué no? por qué no?
Déjame acabar!...

MOROS. (*Figurando que las hablan al oído, impacientes y regañándolas en cómico y dándolas con el codo, sin que Beltran los vea.*)

Celos yo! Celos yo!
Basta ya! Basta ya!
Calla tú! Calla tú!
No le digas mas!

(*Las separan.*)

(*Mientras toca la orquesta el ritornelo, Isabel y Andrea seguidas del Alférez aparecen en el fondo. Andrea señala á Zelia. Sorpresa de Isabel. El Alférez la contiene. Se quedan observando.*)

SEGUNDA ESTROFA.

MORAS. (*Colocadas como al principio de la estrofa anterior, con el mismo juego, y en los mismos sitios.*)

Permíteme por tu Dios
que vuelva á mi pobre hogar
allí donde yo nací,
cristiano, mi vida está!
Zalamalá!
Zalamalá!
Tú ser gentil!
Tú ser galan!

BELT. Zalamalá! Zalamalá!
Zalamalá... ay! Zalamalá!
Qué zalameras Morita, mucho
conmigo están! que te querrá.

(Beltran, Moros y Moras á la vez como antes.)

BELT.

(Ap. como antes.)

Yo no sé, yo no sé,
qué me dá! qué me dá!
Pierdo pié! Pierdo pié!
Voy á resbalar!

MORAS.

(Como antes.)

Quita tú! quita tú!
Vete allá! vete allá!
Por qué nó? por qué nó?
Déjame acabar!...

MOROS.

(Como antes.)

Celos yo! Celos yo!
Basta ya! Basta ya!
Calla tú! Calla tú!
No le digas mas!

(Las separan.)

HABLADO.

BELT.

(Como sacudiéndose de una pesadilla.) Brrr! Basta ya de carantoñas! Adentro todos! (Rumores.—Le suplican, él seniega.)

ISAB.

(Presentándose á Zelia.) Zelia! (En voz baja.)

ZELIA.

Cielos! Qué miro! (Levantándose.)

ISAB.

Silencio... y seguidme!

ZELIA.

Yo... Qué decís?

ISAB.

No vacieis...! Todo lo he previsto! Dale tu manto!

AND.

Ay pobre de mí! (Se lo dá.)

ISAB.

Tú... este alquicel... y cuenta que acabas de prometerme dar tiempo á que nos alejemos lo bastante.

ZELIA.

Señora... qué significa todo esto?

ISAB.

Ya lo sabreis, Zelia! Venid... que el cielo nos protegerá! (La coge de la mano y se vá con ella, seguida del Alférez por el sitio mas inmediato de la derecha.)

AND.

(Muy consternada, tapándose con el alquicel de Zelia y sentándose en el banco de piedra, esclama aparte.) Virgen santa del Calvario! Me dejan aquí para que yo pague por todos!

BELT.

(Logrando salir del grupo de Moros y Moras que le suplican.) Buff! Lo que le cuesta á un hombre tener carácter... (En voz alta á los ballesteros.) Adentro digo! (Los ballesteros obligan á los Moros y Moras á entrar de nuevo en el castillo.) Necio de mí que me dejé abierta la poterna... Y todo por quién? (Señalando desde lejos á Andrea creyendo que es Zelia.) (Bajo.) Por esa ingrata huri... (Acercándose quedito á ella; de pronto y con tono muy brusco.) Ya es hora de recogerse! (Asustada y levantándose.) Ay!

AND.

BELT.

(Se queda parado, se mira á sí mismo y se dice en voz baja.) Pero Beltran, por qué eres tan bárbaro? (A Andrea.) No te

- asustes, cautiva mía! Ven. (*Alarga la mano. Andrea le dá la suya.*) *(Ap.)* Cielos! Me abandona su mano precio... Pobre-cita! (*Mirando la mano de Andrea.*) Con tanto como sufre se vá quedando en los huesos!
- AND. (*Ap. y dejándose conducir.*) Dios mio! Si me irá á encerrar en una mazmorra?
- BELT. (*Despues de mirar á un lado y otro si alguno lo vé, dice ap.*) Yo me decido. (*Dá de pronto un beso muy fuerte en las manos de Andrea.*)
- AND. (*Retirando la mano y alejándose.*) Ah!!
- BELT. (*Haciendo señas de que calle y en voz baja.*) Chiss! Ya se lo llevé el viento.
- AND. (*Ap.*) ¡Ah bribon!
- BELT. Otro! Otro, sultana de mis ojos!
- AND. ... Aparta!
- BELT. (*Cogiéndola.*) No. Ahora le toca á esta mano... Eh? un ro-sario...
- AND. Yo me escapó! (*Ap. y luchando por irse.*)
- BELT. Detente! Qué demonio te dá! Cáspital! Quiere huir! Pero es-to no son sus brazos! (*Se le cae la capucha á Andrea.*) Ah! (*Dando un grito al verla.*)
- AND. Picaron! (*Amenazándole.*)
- BELT. Pero la otra! No está!
- AND. No! Se ha salvado!
- BELT. Oh! (*Cae de un brinco desmayado en los brazos de Andrea.*)
- AND. (*Sosteniéndole con trabajo.*) Ay! Socorro! Yo no puedo con él! Socorro! Que me caigo!... No! Ya creo que vuelve en sí! (*Beltran se incorpora débilmente.*)
- BELT. (*Con voz desmayada.*) Se ha salvado! Perdido soy!
- AND. (*Queriendo animarle.*) Vamos, hijo: eso no es nada!
- BELT. Nada (*Ap.*) Y he estado requebrando á esta bruja y la he besado la mano... (*Mira á Andrea y de pronto vuelve á caer como antes en sus brazos.*)
- AND. (*Sosteniéndole.*) Ay! Ya le dá otra vez! Y nadie acude! (*Mi-rando á la derecha.*) Cielos! esta es mas negra! El Conde!
- BELT. (*Incorporándose de pronto.*) El amo!!
- AND. (*Corriendo aturdida de un lado para otro.*) Si me encuentra aquí!
- BELT. (*Id.*) Si me pregunta por la Mora! (*Vá á entrar por la po-terna.*)
- AND. Entremos pronto!
- BELT. (*Apartándola y pasando él delante.*) No! Yo primero!
- AND. Ay! (*Los dos entran corriendo y cierran.*)

ESCENA VIII.

El CONDE, que sale apresurado, seguido del ALFEREZ y de los cuatro escuderos.

- CONDE. (*Saliendo.*) Gracias por vuestro aviso, señor Alferéz.
- ALFEREZ. Solo he cumplido con mi deber, dándoos parte...
- CONDE. Loco ha de volverme este misterio! Isabel! Mi hija! amparando por tan osados medios á una infiel... cuyo castigo está decretado!
- ALF. (*Algo inquieto.*) Ved, señor, que me siguen á corta distancia.— Que yo me he adelantado con el pretexto de buscar un sendero que estuviese libre, puesto que por allí...
- CONDE. No. Por ningún lado podrán hallar salida. Hoy este país rebelde va á pagar con su libertad y sus bienes el incendio de Baza. Y en cuanto á mi hija... Que tiemble de mi enojo.....
- ALF. Señor Conde...
- CONDE. Cuando un padre ama como yo... tiene doble derecho á ser severo. Vos no comprendéis nada de esto, porque no tenéis hijos.
- ALF. Perdonad. Tengo dos hijas... y á entrambas las metí en un convento para quitarme de ruidos.
- CONDE. Basta. (*Con sequedad.*)
- ALF. Mirad.— Ya están muy cerca! (*Señalando inquieto á la derecha.*)
- CONDE. Silencio... y seguidme todos! Yo apuraré hasta el fin este fatal arcano! (*Se van todos por la izquierda primer término.*)

ESCENA IX.

ISABEL, ZELIA que salen apresuradas por la derecha. Por entre unas enramadas que hay en el primer término junto á la poterna, se vé la figura del CONDE y del ALFEREZ. Ambos observan y escuchan á las dos jóvenes.

- ZELIA. (*Saliendo.*) Partid, señora. Mi fuga es imposible! No os espongais á mas peligros!
- ISAB. (*Mirando inquieta al fondo.*) Y el Alferéz que no vuelve! (*Viniendo al lado de Zelia.*) Zelia, no me conocéis bien. Estoy cumpliendo con un deber sagrado... y nada puede ardrarme.
- CONDE. (*Ap y bajo.*) Vive el cielo!
- ZELIA. (*Contemplándola con sorpresa.*) Vos con ese disfraz! Vos abandonando vuestra morada! sacrificando vuestro reposo... y todo por mí.
- IABS. Qué otro recurso me quedaba? Cómo alcanzar vuestro per-

- don estando ausente mi padre? Cómo vacilar un solo día urgiendo tanto el libertaros!
- ZELIA. (Sin comprenderla.) Qué decis?
- ISAB. Sí, pobre Zelia! Porque os ácusan de haber puesto fuego á nuestro palacio, (sorpresa de Zelia) cuando vos, vos, noble y buena, me salvabais en aquellos momentos la vida arrancándome del furor de las llamas!
- CONDE. (Ap. y bajo) Qué oigo!
- ZELIA. Y creéis, señora, que es un bien para mí volver á mi aldea, recorrer sus calles desiertas! llamar en vano á los caros objetos de mi corazón! Ser yo libre... y esclavos mis hermanos! (Indignada.) Ah, qué vergonzosa libertad! Yo no la quiero!
- ISAB. Zelia!
- ZELIA. (Vivamente.) Qué! Vos en mi lugar seriais capaz de aceptarla!
- ISAB. Yo seria infeliz toda mi vida, si no logro salvaros! Zelia! Alentad! Cuando vos sepais....
- ZELIA. No! dejadme que vuelva á mi prision! Que en ella nos hagan perecer (con ironía) esos generosos vencedores!
- ISAB. Renunciad á ese fatal empeño! Yo os juro implorar de mi padre el perdón de todos vuestros hermanos! Sí! Yo se lo rogaré por la gloria de su nombre! Por el inmenso amor que le tengo, por la santa memoria de mi madre!
- CONDE. (Vivamente y bajo.) ¡Oh!
- ZELIA. (Estrechándola vivamente las manos con gratitud.) Ah! señora! La suerte nos hizo rivales... cuando debió hacernos hermanas! (El Conde y el Alférez han desaparecido.)
- ISAB. No! No es vuestra rival la que rechaza de su corazón un amor imposible y funesto! No es vuestra rival la que hoy os une á Zaidel!
- ZELIA. A Zaidel! Vos! (Con asombro y alegría.)
- ISAB. Yo. Fuerte en la conciencia de mi deber! Fuerte en los sentimientos de mi religion y de mi raza,—mas poderosos que todas las pasiones! (Prolongado rumor de voces dentro.)
- ZELIA. No escuchais?
- ISAB. Ese rumor... (Ambas suben la escena. Isabel mira al fondo y Zelia á la derecha.)
- ZELIA. (Mirando.) Una multitud de soldados que corren á caballo en distintas direcciones! A sus voces acuden otros, que tambien se dispersan veloces por la llanura! (Fijando sus miradas con mas interés.) Gran Dios!
- ISAB. (Viniendo á su lado.) Qué teneis?
- ZELIA. (Señalando adentro.) Mi hermano y Zaidel están entre ellos!
- ISAB. Todo se ha perdido! (Dentro voces que se repiten á lo lejos.)
- VOCES. El perdón! el perdón!
- ZELIA. Ah!
- ISAB. Ah! (A un tiempo y con sorpresa y alegría.)

ZELIA. No estais oyendo? *(En este instante Hazem seguido de Zaidé sale por la derecha.)* Ah! hermano mio! *(Se arroja en los brazos de Hazem.)*

HAZEM. Zelia!

ZAIDE. *(Isabel se queda en el lado izquierdo de la escena y algo vuelta de espaldas.)*

ZELIA. *(A Zaidé.)* Libres!

ZAIDE. Sí! Cien ginetes cristianos corren al escape por la huerta, anunciando el perdón para todos, en nombre de la hija del conde de Arcos!

ISAB. *(Ap. y admirada.)* En mi nombre! No es posible!

ZAIDE. *(Subiendo un poco al fondo.)* Mira! Mira á nuestros pobres hermanos salir en tropel de sus cabañas aclamando á su bienhechora! *(Se queda un poco en el fondo con Hazem.)*

(Voces dentro, lejanas.)

ZELIA. *(Acercándose á Isabel.)* Cómo! Vos.....

ISAB. Ojalá fuera tanto mi poder! Pero los engañan sin duda!

ZELIA. Explicaos...

ISAB. Yo nada sé! Nada he dicho! Ese perdón solo puede dictarlo... *(De pronto vé al Conde que aparece junto á ella tendiéndole los brazos.)* Ah, padre mio! *(Corriendo á abrazarle.)* Vos habeis sido.

ZELIA. El Conde!

ZAIDE. El Conde!

HAZ. El Conde!

CONDE. Sí! Yo los perdono por tu inmenso cariño! por la santa memoria de tu madre!

ISAB. Ah señor!—Todo lo comprendo! *(Va á arrodillarse: el Conde la levanta. En este momento, y por la izquierda aparece el Alférez con la bandera de Castilla y seguido de soldados.)* A la vez y por todos los lados del fondo y la derecha salen en tropel numerosos grupos de Moros y Moras, que inundan, por decirlo así todo el centro, que coronan los ribazos y que llenan la llanura.

MOROS. *(Saliendo.)* Viva! *(La poterna se abre y sale Beltran, la dueña y los cautivos.)*

ZAIDE. *(Teniendo de la mano á Zelia.)* Conde! El cielo te concedió la victoria...! Déjanos vivir felices en nuestros hogares!

CONDE. Sí! Llevad á ellos la fama de nuestro poder y de nuestra clemencia! *(Isabel y Zelia extienden su brazo la una á la otra en señal de despedida.)*

CANTO FINAL.

TODOS menos el CONDE.

De honor y eterna gloria

el cántico elevad
á quien á su victoria
laurel tan digno dà!

Habiendo examinado esta zarzuela no halló inconveniente en que su representación se autorizaba.
Madrid 25 de febrero de 1862

El Director de Teatros

Antonio López de Letona

FIN DEL ACTO CUARTO Y DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 25 de febrero de 1862.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

